

Marisol Santelices - Hernán Dinamarca

# “por los chiquitos que vienen...”



Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos-Desaparecidos







---

Hernán Dinamarca

Marisol Santelices

---

**“Por los chiquitos  
que vienen...”**

---

Madres y Familiares de Uruguayos  
Detenidos–Desaparecidos

---

**Diseño de portada: Rodrigo Ripa**

**Impreso en Graphis Ltda.  
D.L. 245.378/89  
COMISION DEL PAPEL.  
Edición amparada al Art. 79.  
Ley 13.349.**

# Introducción

Luego de la larga noche de las dictaduras, los países de América del Sur recuperan gobiernos de derecho; pero uno tras otro mediante recursos formales como amnistías, indultos, obediencias debidas, punto final... han reemplazado la necesaria justicia muchas veces prometida y nunca cumplida.

Madres y Familiares de Desaparecidos testimoniamos e impulsamos la sanción moral; recordamos para prevenir. No es fácil, todos necesitaríamos cerrar nuestro duelo. Pero continuamos buscando la verdad, particularmente respecto de las víctimas más frágiles del terrorismo de Estado: nuestros niños. Queremos que sus vidas recomiencen en un nuevo nacimiento: el nacimiento a la verdad después del acto con el que se les separó de sus padres y se les ocultó tras falsas familias y falsos nombres.

Valoramos la solidaridad de quienes nos ayudan en la enorme e ineludible tarea que hemos asumido. Agradecemos a Marisol Santelices y Hernán Dinamarca, autores de este libro, por su responsable y fraterna labor. Nuestro reconocimiento también al diario *La República* por la cesión de los derechos de esta publicación.

*Madres y Familiares de Uruguayos  
Detenidos-Desaparecidos*





# Prólogo

*No es fácil que otras historias alcancen la tristeza de éstas. Nuestros países no recuerdan haber sido sacudidos por un vendaval humano tan destructor como el de los últimos años. La desaparición de doce niños uruguayos, en Argentina, estremeció a un Uruguay ayer orgulloso de ser una de las sociedades más desarrolladas de América Latina, más todavía por desaparecer en manos de sus captores, cual botín de guerra.*

*Conocer estas vidas es hablar de niños secuestrados junto a sus padres y nunca entregados a sus familiares; es hablar de participación conjunta de fuerzas militares uruguayas y argentinas; es hablar de niños, hijos de padres que hoy son parte de la fría cifra de 108 uruguayos detenidos desaparecidos en Argentina; es hablar de padres, hermanos, abuelas, en fin, de familias que desde hace 13 años viven en incesante búsqueda, sin certeza pero con esperanza.*

*Conocer estas vidas es saber de pérdida de identidad, es saber de la aceptación de lo inaceptable.*

*Al principio la búsqueda fue sin norte "no sabíamos por dónde empezar ni adónde ir, aunque confiábamos en que los niños iban a ser entregados". Con el paso de los años el reencuentro se tornó más incierto. La posibilidad de que los secuestradores decidieran adoptar a los niños, quizá*

*bajo la irracional lógica de 'salvar' a los herederos de sus enemigos, se transformó casi en un hecho. Más tarde, el reencuentro con Amaral y el encuentro y nueva pérdida de Mariana Zaffaroni, ambos en manos de funcionarios de seguridad del Estado argentino, confirmaron lo que había costado imaginar. Recientemente la recuperación de la hija de María Asunción Artigas, María Victoria, adoptada por un militar hermano de un alto oficial que ejerció el mando en la zona de los "Pozos de Banfield", ha terminado por confirmar la fría planificación de las adopciones.*

*En estas crónicas-testimonios hablamos sobre esas doce vidas, muchas aún ausentes. Sobre Simón y las esperanzas de su madre, Sara Méndez; la única mujer que sobrevivió para buscar a su hijo que hoy quizá tiene trece años. Sobre Verónica Leticia, quien nació en la frialdad de un centro de detención, luego adoptada por militares y hoy recuperada por su abuela con el simbólico nombre María Victoria. Sobre Mariana Zaffaroni, cuya identidad impuesta es Daniela Romina Furci, hija adoptiva de Migual Angel Furci. Sobre un niño de apellido D'Elía, de quien sólo sabemos que nació. Sobre Anatole y Victoria Julien, hoy dos adolescentes que viven en Chile junto a los padres que fueron a encontrar en Valparaíso, luego de ser abandonados en una plaza por los captores de sus padres verdaderos. Sobre Amaral, un símbolo del reencuentro posible. Sobre los hermanos Beatriz, Fernando y Andrea Hernández Hobbas, de 15, 14 y 4 años, respectivamente, que desaparecieron meses después de la detención de su madre. Sobre Carmen, la hija de Aída Sanz, que nació mientras torturaban a su madre.*

*Destaca en estas crónicas la fuerza y valentía de los familiares, que desde el dolor nos han ayudado a recuperar sus historias. Ellos se fueron reconociendo en su deambular por cárceles, juzgados, regimientos, casas cunas, ministerios y organizaciones no gubernamentales. Recién en 1979, al establecerse en Buenos Aires una comisión de la OEA para recibir denuncias, deciden organizarse. Desde ese año se reúnen todas las semanas. Son mujeres y hombres de*

*distintos sectores sociales, pero con experiencias vitales unidas por el dolor.*

*Agradecemos a ellos su contribución en la recuperación de sus historias y de la Historia.*

*por Hernán Dinamarca  
y Marisol Santelices \**

\* Hernán Dinamarca Cruz, licenciado en Comunicación Social, profesor de Historia y Geografía (Universidad de Chile), es corresponsal de la revista chilena *Análisis*, colabora con el semanario *Brecha* y también en el Centro de Medios Audiovisuales. Marisol Santelices Altamirano es periodista y colabora, entre otros medios, con *La República de las Mujeres* y en CEMA, ejerciendo a su vez la redacción responsable de *La Cacerola* (GRECMU). Ambos autores son chilenos.



# Reencuentro en Valparaíso

*En una plaza del puerto chileno fueron encontrados, en diciembre de 1976, dos niños uruguayos. Anatole y Victoria Julien, de 4 y 1 año, asistieron a la ejecución de sus padres en Buenos Aires, luego fueron supuestamente trasladados a Montevideo y finalmente abandonados en Chile. En 1979 se reencontraron con su abuela paterna.*

Fue la última carta que escribí. Había escrito miles desde junio de 1977 cuando avisaron a la casa de mis consuegros de la muerte de mi hijo y la detención de mi nuera y mis dos nietos. Había enviado demasiadas cartas, realizado muchas gestiones, visitado infinidad de veces los mismos lugares: regimientos, cruz roja, tribunales, jefaturas de policía, cárceles, salas cunas; de todas partes salía llorando. Era como si se los hubiera tragado la tierra.

Estaba desesperanzada. Ya casi por inercia y como una forma de compartir el dolor iba con cierta regularidad a la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas en Uruguay. En una de esas visitas y por esas casualidades de la vida, se encontraba allí un joven brasileño a quien conté mi situación: mi hijo, Jorge Roger Julien Cáceres, y su esposa, Victoria Lucía Grisonas, junto a sus dos hijos, de cuatro y un año y medio al momento del secuestro, habían desaparecido en Argentina. Nosotros pensábamos que habían viajado a Europa. No sabíamos de ellos, pero siempre era así desde que se fueron en 1973. Pasaban meses y meses y a veces yo viajaba a Buenos Aires para tener alguna noticia; otras, él llamaba por teléfono: 'Es-

tamos bien, no te preocupes mamá'. Siempre era así. Ese año en que nada supimos yo creía lo de Europa porque cuando las cosas se complicaron en Argentina me contaron que estaban haciendo las gestiones para irse. Pero no fue así y la noticia peor la conocimos a mediados de 1977.

El muchacho brasileño me escuchó con paciencia. Al terminar mi relato preguntó: '¿Ha escrito al cardenal Paulo Evaristo Arns de San Pablo?, es un gran defensor de los derechos humanos', y me extendió la dirección escrita en un pedazo de papel de diario.

Al llegar a casa dejé el pedazo de papel sobre el frutero de la mesa. No me animé a tomar el lápiz, ya había escrito a todos los directores de organizaciones de derechos humanos en el mundo, a un vidente que me enteré ayudaba a la policía a encontrar niños perdidos, al director de la revista Reader' Digest y hasta a los reyes de Inglaterra y España. A todos pedía con mi puño y letra que por favor me ayudaran a encontrar a mis dos nietos.

Pasaron varios días hasta que me decidí a escribir esa carta. Mi hija al verme, dijo: 'para qué insistes mamá, no ves que no hay respuesta!' No importa, contesté, no se pierde nada.

## **Otras investigaciones**

Caracas, comienzos de 1979. Por ser el año Internacional del Niño la colonia uruguaya exiliada desarrollaba una gran campaña de propaganda en relación a los niños desaparecidos: inserciones escritas y fotos en los diarios, afiches en las calles, audiciones radiales y otras actividades.

Una asistente social chilena, quien no se identificó, encontrándose de paso en Venezuela se presentó una mañana en la casa del ex rector Oscar Maggiolo, exiliado en Caracas; contó a éste que el 23 de diciembre de 1976 habían sido abandonados en una plaza de Valparaíso dos

niños que de acuerdo a las fotos que había visto en la prensa de aquella época se parecían mucho a los hermanos Julien.

Maggiolo entregó esa información en forma confidencial a Tota Quinteros, quien la llevó a la sede en París de la Asociación de Familiares Uruguayos de Desaparecidos. Desde ahí se establecieron relaciones con el Comité de Defensa de Derechos Humanos para los países del cono sur, CLAMOR, organización dependiente del Arzobispado de San Pablo, y también con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas en Chile. Con el apoyo de estas tres instituciones viajó a Chile una mujer uruguaya que había estado con los niños algunos días antes del secuestro. Visitó Valparaíso, y averiguó cuál era el colegio de los niños, fue hasta él y les tomó fotos desde lejos. Para ella no había duda, eran los hermanos Julien.

## **“No quería esperanzarme”**

Por tercera vez el hombre golpeó la casa de Angélica Cice-res, abuela de los niños desaparecidos. La hija menor de Angélica no había querido dejarlo entrar. No entendía las explicaciones que el visitante intentaba dar en un “portu-ñol” poco comprensible. Desde la desaparición de su hermano, su cuñada y sus dos sobrinos en Buenos Aires, el miedo formaba parte de la vida de esa casa y la desconfianza era la más elemental respuesta. Sin embargo, la tercera vez no pudo negarse e hizo pasar al visitante a la sala de espera. Buscaba a su madre.

“Cuando llegué ese día a la casa, mi hija estaba con el rostro lívido. Nerviosa me dijo que había un hombre esperándome y por lo que había dicho algo sabía de mis nietos. Fui apresurada a la sala. El hombre se levantó y con una ancha sonrisa me estrechó la mano. Antes de preguntarle nada, y tal vez como una forma de dar una inmediata respuesta a mis inquietudes, extendió un sobre que depo-



sitó en mis manos. Era la misma carta que hice llegar al cardenal Paulo Evaristo Arns de San Pablo”.

El hombre se presentó como un enviado del cardenal. Venía a informarle que en Chile se habían encontrado dos niños que podrían ser sus nietos, pero no quería esperanzarme. Tan sólo necesitaba por ahora las fotos más recientes que tuviera de ellos y los certificados de nacimiento. Al despedirse me preguntó si estaba dispuesta a viajar a San Pablo en caso de ser necesario. Yo contesté sin vacilar que sí. Días después sonó el teléfono, debía partir a San Pablo”.

## **De San Pablo a Chile**

En el aeropuerto me esperaba el reverendo Wright en representación de CLAMOR. De inmediato nos dirigimos a la residencia del cardenal Arns. El me recibió muy afectivamente y empezó a contarme las gestiones que se habían realizado, que una amiga de mis hijos viajó a Chile y casi tenía la certeza de que eran ellos. ‘Ahora sólo corresponde a usted terminar de comprobarlo’, me dijo. No era seguro pero había muchas posibilidades de que fueran mis nietos. Insistió en que tuviera cuidado en la decisión que tomara en relación a los niños; insistió en que ellos ya habían sufrido bastante.

Al día siguiente partimos a Chile. Me acompañaban un abogado y un periodista de CLAMOR. Durante el viaje iba muy nerviosa; habían pasado muchos años desde la última vez que vi la carita de Anatole, y a Vicky no la conocía. Confiaba en mi intuición como abuela para reconocerlos, y en los recuerdos: cuando Anatole tenía apenas 6 meses y desde mis brazos extendía sus manitos para tomar todas las figuritas que había en la casa. Eso fue antes que Roger y Victoria se vieran obligados a partir a Argentina, ya que mi hijo era buscado por participar en la gran fuga de presos políticos de Punta Carretas.

## “LLévame, llévame”

En el aeropuerto de Pudahuel, en Santiago de Chile, los esperaba Belela Herrera en representación del Alto Comisionado de las Naciones Unidas.

“Inmediatamente nos dirigimos —cuenta Belela Herrera— a la sede de la Vicaría de la Solidaridad, donde José Manuel Parada,\* sociólogo, y una asistente social, nos acompañaron a Valparaíso.

José Manuel Parada fue a entrevistarse con el Director del Colegio donde estudiaban los niños, a quien explicó la situación y pidió una entrevista con el ‘padre’ para esa misma tarde. El superior del Colegio de los Padres Franceses, uno de los más prestigiosos de Valparaíso, comprendió la situación y le entregó detalles sobre los niños, la familia y el proceso de adopción.

Anatole conservaba el mismo nombre y Victoria ahora se llamaba Claudia. El primer tiempo estuvieron en un orfanato pero ahí Anatole se mostró muy agresivo. Las asistentes sociales decidieron separarlos y dos de éstas se hicieron cargo de los niños. Después de algunos meses la profesional que tenía a Claudia quedó embarazada y decidió no seguir asumiéndola. Entonces ella recordó a un matrimonio joven que no podía tener hijos, él, dentista, y la mujer, parvularia, a quienes invitó a su casa para que conocieran a Claudia. En la visita Jesús Larrabeiti y Silvia Yáñez no esperaban tomar de inmediato la decisión, pero la pequeña se abrazó a las piernas de Silvia: “Llévame, llévame”. Fue imposible resistir esa súplica. Sin embargo, en los días siguientes Claudia permaneció muy triste, por lo que decidieron adoptar también a Anatole.

Mientras José Manuel conversaba con el director, nosotros fuimos al Juzgado de Menores de Valparaíso para conocer la situación legal de los niños. Para nuestra sorpresa fue fácil averiguar que la adopción aún no terminaba,

---

\* Profesional chileno asesinado en marzo de 1985.

faltaban firmas y había irregularidades como por ejemplo partidas de nacimiento falsas. El caso, al menos legalmente, todavía no escapaba de nuestras manos.”

La cita con Jesús Larrabeiti quedó fijada para las 17 horas. El Director se comprometió a charlar antes con él, contarle, y después conversaría con la abuela de Anatole y Victoria.

## **“Están más lindos, porque están más grandes”**

“Intuí de inmediato quién era. Estaba sentado y al verme se levantó rápidamente y permaneció de pie, esperando. Entonces Belela Herrera dijo: ‘Ella es la abuela’. Nos miramos, mientras él hacía esfuerzos por no llorar. Me acerqué sacando una foto de Anatole y Victoria:

—¿Están así de lindos, son así de lindos?

—Están más lindos, porque están más grandes —respondió con voz entrecortada.

Llorando continuó:

—Yo sé que se los va a llevar, usted tiene todo el derecho, pero no sabe lo que significan para nosotros.

Nos abrazamos.

—Usted no sabe los años que estoy buscándolos, qué deja para mí.

Después de la tensión de los primeros minutos nos sentamos a conversar. El hablaba de los niños y yo de mi hijo, del padre de ellos. Era un hombre muy generoso. Una tarde, cuando pequeñito, llegó sin chaquetón y completamente transpirado, como lo venía haciendo desde hacía días. Le regañé mucho, porque si bien no nos faltaba el dinero, tampoco nos sobraba. Al otro día golpeó la puerta de la casa una mujer muy pobre, venía al enterarse que yo había castigado a Roger por perder el chaquetón. Ella me dijo que Roger había regalado el saco a su hijo enfermo.

El me contó que a Anatole le fue difícil acostumbrarse.

Al principio se comportó muy agresivo. Sólo cuando pudo decirle papá, una tarde que pidió que lo llevaran al fútbol, el trato comenzó a ser más familiar.

La conversación se extendió por una larga hora y antes de terminar acordamos que dos horas más tarde iríamos todos a conocer a los niños. Pero Jesús Larrabeiti puso una condición: 'Quiero que por ahora no se les diga nada, son todavía muy pequeños y tendremos que ver la forma de contarles la verdad'.

## ¿Quién eres tú?

Al llegar frente a la casa en el auto de Belela, otro automóvil se estacionó adelante de nosotros. Eran ellos. Venían de las compras. Todos bajamos apresurados. Yo había visto a un niño bajar del auto y correr hacia la casa. La mujer llevaba en brazos a Victoria, a quien yo no conocía. Entonces pregunté en un tono muy fuerte.

—¿Dónde está Anatole?

—Anatole ven a saludar a la señora —dijo el 'padre'—.

El corrió hacia donde yo estaba y después de saludarme con un beso volvió a correr: 'ya vuelvo, voy a ver los monitos'. Era Anatole, el hijo de mi hijo Roger, de eso estaba segura. De inmediato me volví hacia la niña:

—¿Tú eres Victoria?

—No, yo me llamo Claudia.

Sentí rabia, había sido muy larga la búsqueda. 'No, tú eres Victoria, te llamas Vicky, Vitute', y guardé silencio al recordar las palabras del cardenal.

Nos hicieron pasar a la casa. Nadie hablaba, un silencio tenso se sentía en el ambiente, todos estaban pendientes de mí, temían por mis reacciones. En el auto me habían ofrecido unas pastillas para los nervios. Anatole entraba y salía de su pieza, donde veía televisión, se sentía incómodo con tanta gente desconocida en su casa. Aprovechando en un momento su presencia en la sala, le pedí mostrarme su

cuaderno de colegio. Victoria entonces respondió: 'Yo te lo muestro, el mío tiene monitos'. Corrieron los dos a buscarlos y a los pocos segundos estaban ambos al lado mío. Pasé las manos sobre sus hombros, abrazándolos por primera vez. El periodista de CLAMOR sacaba una foto tras otra, pero en su nerviosismo olvidó algo y no salió ninguna de ellas.

Al término de ese encuentro Belela les propuso que viajaran el sábado próximo a Santiago. El auto de Naciones Unidas iría a buscarlos y podríamos ir todos a Fantasilandia y luego a tomar té a su casa. En ese momento Anatole me preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Soy una abuelita que viene de muy lejos y que los conocí cuando eran muy pequeñitos.

La respuesta lo dejó conforme. Nos acompañaron a la puerta. Al arrancar el auto miré hacia atrás y ya habían entrado. Aún éramos extraños, ninguno esperó que el auto se alejara.

## La Decisión

Por las noches no podía dormir. Estaba confundida. Caminé mucho por Santiago, pensaba, buscaba claridad para enfrentar esa difícil situación. En pocos días más sería nuestro segundo encuentro y yo debía decidir. ¿Dejaría a mis nietos con ellos?, ¿separaría a Victoria de la que consideraba su madre? Belela Herrera me hospedaba en su casa y a ella pedía consejos, pero reflexionando me di cuenta que todo ello era asunto solamente mío: sólo yo podría resolverlo. Pensaba por sobre todo en mi hijo, en su desesperación en caso de estar vivo —aún era una posibilidad que lo estuviera, según una investigación efectuada en 1977—, y sin saber que yo había encontrado a Anatole y Victoria. Me preguntaba cómo reaccionarían Jorge y mi nuera. Y si no estaban vivos, si era verdad que Jorge había

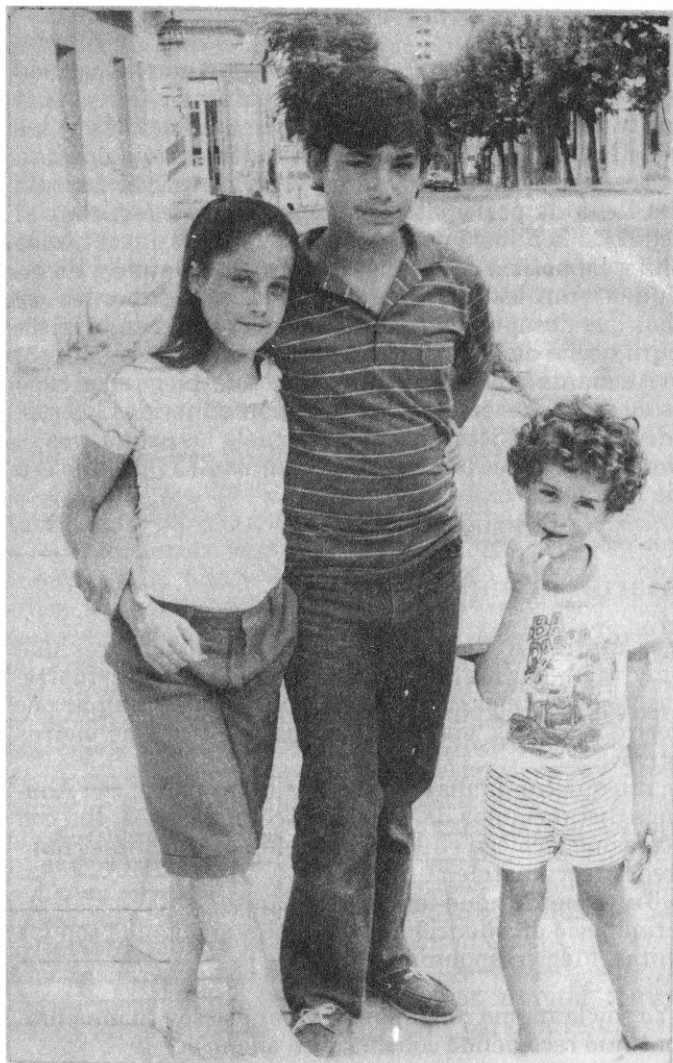
muerto, pensaba en las palabras del Cardenal, quien me había dicho lo importante que era la tranquilidad de los niños, que no debían seguir sufriendo. Otras preguntas me atormentaban: ¿cómo recordaban ellos el secuestro?, ¿qué cosas pasaban por sus cabecitas? Conversé con los profesionales de Derechos Humanos, sicólogos y asistentes sociales, quienes sin orientar explícitamente mi decisión, valoraban los lazos afectivos que mis nietos habían desarrollado con sus nuevos padres. La prensa de Santiago habló mucho sobre mi reencuentro con los niños. En esos días viví sentimientos encontrados y un sin fin de emociones.

Finalmente tomé una decisión: los niños se quedarían con sus padres adoptivos pero no permitiría la adopción legal. La decisión de llevármelos la debían tomar mis hijos si es que estaban vivos. Sí exigiría que mis nietos me visitaran en Montevideo.

El encuentro en Fantasilandia, en ese parque de entretenimientos, fue muy hermoso, más tarde, en la casa de Belela jugamos mucho. La alegría de los niños y su ausencia frente a la situación que se vivía, confirmó lo que ya había decidido. Con los padres adoptivos hablé muy poco, en particular con la madre, quien se mostró muy reacia a cualquier comentario sobre lo que ocurría. Ella por su temor a perder a los chicos, por su debilidad quizás para enfrentar el hecho, se mostró lejana y poco comunicativa.

Una vez que Jesús Larrabeiti conoció mi decisión, a mí no me dijo nada, sólo me miró, pero días más tarde declaró a la prensa: 'El hecho de que los niños se queden en Chile es un triunfo del amor, tanto del que siente su abuela uruguaya, como del que nosotros sentimos por ellos, ese fue el denominador común para llegar a cualquier arreglo'.

Luego volví a San Pablo a hablar con el cardenal.



Anatole y Claudia, junto a un primo

## Fiesta en el exilio

En el aeropuerto de San Pablo la esperaba una delegación de religiosos que agitaban pañuelos blancos y flores. A la ciudad ingresaron en una caravana de automóviles. A las cinco de la tarde del 31 de julio, en conferencia de prensa en la residencia episcopal, se entregó la noticia. La sala estaba llena de periodistas y fotógrafos para escuchar al cardenal y a la abuela de los niños uruguayos encontrados en Chile. La noticia se recibió con alegría, Anatole y Victoria Julién eran los primeros niños recuperados entre los muchos que desaparecieron junto a sus padres en la triste y oscura noche de las dictaduras en Uruguay y Argentina.

En Alemania la colonia de uruguayos desplegó en el cielo miles de globos de colores que llevaban adheridos los rostros de Anatole y Victoria, y en Venezuela los uruguayos se lanzaron a las calles para bailar y cantar. El 31 de julio era día de fiesta.

## “Mataron al papito”

Al mes regresé a Valparaíso, ciudad de ascensores que suben y bajan por los cerros, de mar bravo y viento fuerte. Varias veces salimos con Anatole y Victoria a caminar por los cerros y playas, siempre acompañados de sus padres adoptivos.

Un día que caminábamos por una larga playa, con Anatole nos distanciábamos de nuestros acompañantes. Iba con nosotros una sicóloga chilena. Recogíamos conchitas cuando pregunté a Anatole:

—¿Tú recuerdas que tenías otro papito?

Permaneció en silencio un rato y siguió jugando con las conchitas, luego respondió:

—Sí.

—Yo soy la mamá de tu papito y por eso soy tu abuelita. Continuó recogiendo conchitas en silencio.



—¿Te acuerdas de papito? —insistí.

Volvió a permanecer en silencio y como rechazando el recuerdo.

—Sí, mataron a papito y estaba en el suelo.

Dejé entonces pasar un largo rato.

—¿Y de mamita te acuerdas?

—Sí, nos puso en la bañera a mí y a Vicki.

Permaneció en silencio.

—La sacaban arrastrando del pelo.

Iba a seguir hablando y la sicóloga que nos acompañaba hizo un gesto para que parara. No hablamos más de ello y se dispuso que Anatole empezara un tratamiento psicológico con un médico uruguayo radicado en Viña del Mar. Los niños presenciaron todo el operativo.

## **Dos niños en Bulevar y Palmar**

Sobre lo que ocurrió a mi hijo y nuera yo he tenido distintas y contradictorias versiones. Primero nos avisaron de la muerte de mi hijo y de la detención de Victoria y de los niños. Cuando ocurrió el hecho, sólo un diario de Buenos Aires se limitó a informar que en un tiroteo había resultado un 'extremista' muerto. En 1977 un grupo de la Organización de Estados Americanos (OEA), que condenó al gobierno de Uruguay por violaciones a los derechos humanos, se entrevistó con el Coronel Francisco Silva Ledesma, Presidente del Supremo Tribunal Militar del Uruguay, éste les presentó una ficha en la que constaba que Jorge Roger se encontraba recluido en el Penal de Libertad. Sin embargo, nunca nos dieron autorización para visitarlo.

Cuando viajé al lugar del secuestro los vecinos me entregaron tal vez el relato más completo: la tarde del 26 de setiembre de 1976 la casa donde habitaba mi hijo, en San Martín, provincia de Buenos Aires, fue cercada con un gran despliegue militar. Dispararon varios minutos contra la casa y luego entraron armados como para enfrentar a otro

ejército. Dos cuerpos fueron sacados del lugar y los niños llevados a un furgón policial que se encontraba estacionado en una estación de servicio ubicada al frente de la casa. En cambio la versión oficial siempre habló de una muerte.

En 1985 un soldado de apellido Barbosa declaró que en el centro clandestino de Bulevar Artigas y Palmar, donde traían a los detenidos de Argentina, permanecieron por un corto tiempo dos niños.

## **¿Por qué sabe tanto de Vicky y yo?**

A medida que han pasado los años, la relación de la abuela y los niños se ha ido haciendo más estrecha. “Después de ir varias veces a Chile pedí que dejaran venir a Anatole a pasar un mes a Montevideo. Los dos primeros años lo acompañó su padre adoptivo, y en la medida que nos fuimos conociendo lo dejaron venir solito. De regreso a Valparaíso lo acompañaba una de nosotras y así podíamos ver a Victoria.

En uno de esos veranos fuimos con Anatole al teatro a escuchar al actor Julio Calcagno, recitaría algunos poemas de Mario Benedetti. Uno de ellos está inspirado en mis nietos: ‘Colorín colorado este cuento se ha acabado’. Yo sabía que recitaría aquel poema y en un principio tuve miedo, pero pensé que de a poco tenía que enterarse de su otra historia, por lo mismo le conté que uno de los poemas el autor lo había escrito por él y por Vicky.

En el teatro nos sentamos en una silla cerca del escenario y avisaron a Julio Calcagno que Anatole estaba entre los espectadores. Siempre que Julio recita, al terminar un poema baja la cabeza haciendo una reverencia. En esa ocasión después de leer el Colorín colorado... permaneció mucho rato con la cabeza mirando hacia abajo, más tardé confesó que la emoción lo obligó a mantenerse en esa posición. Anatole también lloró en silencio. “¿Abuelita por qué él sabe tanto de Vicky y yo?” Le respondí que las

personas mayores saben muchas cosas que los niños no saben y lo invité a saludar a la persona que había recitado esa historia. El subió al escenario y se paró frente a Cal-cagno. Este permanecía con los ojos cerrados sin reparar en la presencia de Anatole, al abrirlos se encontró con el niño, lo abrazó; rió de emoción al abrazarlo y levantarlo del suelo. Mientras tanto el público aplaudía de pie. Esa fue la primera vez que Anatole asumió que su historia era una historia colectiva.

## **¿Victoria nada recuerda?**

Hoy Anatole tiene 17 años y Victoria 14. El verano de 1986 fue la primera vez que Victoria vino a Montevideo. A ella nunca se le había contado la verdad a petición de los padres adoptivos. Ese verano vino con toda la familia. Una mañana, siempre iba en las mañanas a jugar con mi hija, prefirió charlar.

—Tía, ¿cómo murieron mis papitos? Yo no creo que murieron en un accidente.

Mi hija, con delicadeza, le contó la verdad. Ella, atentamente, escuchó el relato y no dijo nada. A diferencia de Anatole ella nada recuerda, sin embargo, cuando tiene fiebre alta llora y murmura: “No, no, mamá, mamita”. En su inconsciente está grabado el operativo en el cual perdió a su verdadera madre.



## **Aunque la tristeza, nacerás también**

*María Asunción Artigas, secuestrada en diciembre de 1977, en Buenos Aires, dió a luz a una hija en los Pozos de Banfield. Testigos del nacimiento de Verónica Leticia (hoy María Victoria) han dado testimonios sobre la vital maternidad de la estudiante de medicina, más tarde desaparecida.*

La chimenea de la refinería de petróleo que se divisa desde el barrio La Teja ardía sobre el calor húmedo e intenso de las tardes de febrero en Montevideo. Fue una tarde del segundo mes de 1979 cuando una vecina tocó la puerta de la casa de Blanca Nilo de Artigas, cuyo esposo es un antiguo trabajador de la refinería, anunciando una llamada de teléfono. Dos años antes había desaparecido su hija, María Asunción, y su yerno, Alfredo Moyano. Sin embargo, cuando cruzó la calle a responder la llamada, no pensó en ellos.

Algunos meses antes Blanca de Artigas había ido por última vez a la casa donde su hija vivía con su esposo, en Berazategui, provincia de Buenos Aires. Desde ahí fueron secuestrados en diciembre de 1977. La casa estaba destrozada y con muy pocos muebles. Ella, venciendo el miedo, decidió concurrir al cuartel de policía más cercano a solicitar autorización para ingresar. La respuesta del Comisario fue fría pero cortés: “No me pida permiso señora y entre descerrajando la puerta, ya que los mismos que se llevaron a su hija son los que se están llevando las cosas”. Los vecinos del barrio bonaerense habían ya confirmado que un camión del Ejército era el responsable del traslado de los muebles.

Muebles con destino desconocido. También los vecinos habían contado a la señora de Artigas que otro camión del Ejército, días después del secuestro de su hija y yerno, en un trámite nunca conocido los devolvieron a la casa, pero esposados y con un triste aspecto. Más tarde, fueron llevados también con destino desconocido.

Eran muchos y malos recuerdos, desde diciembre de 1977 la búsqueda había sido incesante, ya estaba cansada y decaída. Incluso, a veces, la vitalidad de la vida parecía en ella agotarse. Pero, esa tarde, la voz del teléfono la hizo estremecerse y casi gritando preguntó:

—¿Cómo mi nieta?, si yo no tengo nieta.

Quien estaba al otro lado del teléfono era un hombre:

—Sí, su nieta, ¿usted no es la mamá de María Asunción Artigas y su yerno no es Alfredo Moyano?

—Sí.

—Bueno, ella tuvo una nenita que nació el 25 de agosto de 1978. Su hija le llamó Verónica Leticia y pesó dos kilos setecientos gramos y está en la Casa Cuna de Buenos Aires.

Sin decir nada más la voz anónima colgó.

“Yo hasta entonces no sabía que Mary estaba embarazada al momento del secuestro. Lloré de alegría y salí gritando: ‘Tengo una nieta, tengo una nieta’. Me encontré con un vecino, al que mientras abrazaba volvía a decir: ‘Tengo una nieta, tengo una nieta’. Fue la locura”.

De inmediato con su marido se dirigieron a comprar pasajes. También llamaron a su consuegra que vivía en Buenos Aires para dar noticia y avisar que viajaba. “Y compramos ropita a la nena: esarpines, mamadera, todo tipo de cosas para traerla”.

En el viaje en lancha entre Carmelo y el Tigre, Blanca de Artigas pensó en su hija, en la tristeza que debió sentir cuando le quitaron a su niña de los brazos. “Mary ya había perdido dos bebés, una nenita que nació con bajas defensas y no resistió un contagio de tos convulsa y otro que no alcanzó a nacer, ya que lo perdió a los cuatro meses de embarazo. Esta última pérdida fue meses antes que desapareciera y el dolor que sintió la llevó a una profunda

depresión y a reiteradas visitas al cementerio”. Pero Blanca pensó también que todo su decaimiento en los meses recientes ahora quedaba superado al saber que una hija de Mary venía a ocupar el lugar de la hija desaparecida.

## **Cuna por cuna, carita por carita**

“Mi consuegra estaba esperándome en el Tigre. Conté a ella que yo quería cuidar a nuestra nieta; que en el viaje había pensado en su colegio y, por supuesto, sería el mismo en que se había educado mi hija.”

La búsqueda en la Casa Cuna de Buenos Aires fue infructuosa, “cuna por cuna, carita por carita”, tratando de reconocer a su nieta a quien imaginaba parecida a su primera nieta muerta. Pero... no estaba, la fecha de nacimiento de ninguno de los niños coincidía con la fecha que el hombre del teléfono había dado. Las dos abuelas se dirigieron entonces a la Casa Cuna de La Plata, donde la nieta desconocida tampoco estaba.

“El llanto fue inevitable. Sin embargo, al llegar a la casa de mi consuegra nos enteramos que habían llamado dejando el mismo recado. Era una voz de hombre. Si insistía era por la certeza.”

## **La voz del teléfono**

Cinco años más tarde, en setiembre de 1984, cuando las abuelas de Plaza de Mayo viajaron a Canadá, la familia Artigas conoció la identidad del hombre del mensaje. Un cassette con las voces de un matrimonio argentino es el último recuerdo de María Asunción y el testimonio más completo sobre su desaparición en los “Pozos de Banfield”. La pareja argentina que hoy vive en Canadá compartió con ella la prisión.



“Hace cinco años ustedes escucharon mi voz —relata Eduardo Otilio Corro— y fue para contar que tenían una nieta. Siempre quise comunicarme de nuevo con ustedes, pero fueron circunstancias difíciles las que rodearon ese llamado”. Y continúa Adriana Chamorro, quien también permaneció 8 meses en la Brigada de Investigaciones de Banfield, provincia de Buenos Aires, con María Asunción Artigas y otros uruguayos: “Esperamos transformar pronto este monólogo en un diálogo. Es una deuda que tenemos con Mary por la amistad que nos unió y porque, casi con seguridad, fuimos las últimas personas en estar con ella. Es una historia que les pertenece...”

## **Banfield: “El Chupadero”**

En la noche del 23 de marzo de 1978, Eduardo Corro y Adriana Chamorro, fueron trasladados a los “Pozos de Banfield” y recluidos en el segundo piso, en celdas separadas. El lugar, con trágica ironía, era llamado ‘chupadero’: desde ahí los detenidos desaparecían sin dejar rastros. En la grabación, el matrimonio Corro-Chamorro, sin pausa y con detalles, va relatando su estadía en ese recinto de reclusión.

“En la mañana siguiente a nuestro traslado —cuenta Adriana— y una vez que logré vencer el miedo, pude contestar los golpes que provenían de la celda contigua a la mía. Era María Asunción Artigas. Me habló de su embarazo de cuatro meses y de los 22 uruguayos que se encontraban en ese “chupadero”, entre ellos, su esposo Alfredo Moyano.\* Comenzó inmediatamente a enseñarme un sistema de comunicación, tipo Morse, que habían creado para hablar con los compañeros de las celdas más alejadas. En esa situa-

---

\* Alfredo Moyano era de nacionalidad argentina. Pero desde niño residió en Montevideo.

ción, desde un primer momento, nuestra historia se caracterizó por una gran solidaridad”.

El 16 de mayo de ese año todos los uruguayos fueron llevados con rumbo desconocido, con la excepción de María Asunción e Ileana García Ramos,\* quienes estaban embarazadas. Es lo último que se sabe de Alfredo Moyano. “Entonces nos trasladaron a las celdas que hasta ese momento ocupaban los uruguayos. A Mary la ubicaron en la celda más cercana a los guardias, por lo mismo ella se autoasignó el rol de ser correo de las noticias que lograba escuchar de la radio que estos mantenían encendida. Además tenía la obligación de repartir la comida y limpiar el pasillo. Una noche sentí abrir la puerta de la celda de Mary, era el oficial de turno acompañado de otro hombre. Este último le indicó que se sacara la venda de los ojos. La situación era realmente inusual, casi nunca se visitaba en la noche a los detenidos. El oficial a manera de presentación dijo: “Ella es la persona de la que te he hablado”.

—¿Se siente bien? —preguntó el acompañante.

Mary reclamó falta de vitaminas y un medicamento para las contracciones que sentía desde el principio del embarazo. El oficial puso fin a la visita, prometiendo traer al otro día lo necesario.

En junio hubo un nuevo traslado y me llevaron a la misma celda con Mary. Recuerdo un ataque nervioso que sufrió Mary y la presencia casi histérica de un oficial: “Tenés que mentalizarte, hasta el nacimiento de tu hijo no vas a salir de aquí”.

En Banfield no se torturaba. Era algo así como un “depósito humano”, un lugar donde permanecían aquellos que en ese tiempo eran detenidos—desaparecidos y hoy, muchos de ellos, son simplemente desaparecidos. Desde ahí los llevaban para los interrogatorios a la Brigada de Quilmes. Este último recinto se “especializaba” en la tortura. “María Asunción estuvo en Quilmes, y fue torturada a pesar de su

---

\* Más tarde se comprobó que no estaba embarazada.

embarazo, ella me contó que los interrogadores eran uruguayos”.

“Con Mary a partir de junio de 1978, viviendo en la misma celda, iniciamos una relación muy intensa, casi de hermanas. Para mantener la cabeza funcionando con cordura, tratábamos de recordar y vivir la cotidianeidad del exterior. Nos levantábamos temprano, luego hacíamos gimnasia, después el aseo, íbamos al baño a lavarnos con insistencia cada vez que nos dejaban, hablábamos de recetas de cocina, a pesar de la mala comida o contra la mala comida. En las tardes jugábamos ajedrez con piezas construidas de migas de pan, y describíamos a las familias, nuestras respectivas historias. Por eso, a cada uno de los integrantes de la familia Artigas los conozco muy bien, sin nunca haberlos visto.”

## **Nacimiento en prisión**

“El 24 de agosto en la noche se iniciaron las contracciones. En la madrugada del 25 se hicieron más frecuentes y junto a los vecinos de celda ideamos un sistema para controlar su ritmo. Carlos, un detenido hoy desaparecido, ante un golpe en la pared contaba los segundos que duraba la contracción, mientras que mi esposo Eduardo ante otro golpe controlaba el intervalo. Cerca del mediodía llamamos a los guardias para que trasladaran a Mary a la enfermería. Esta quedaba en el primer piso, abajo de nuestras celdas, por lo que al rato logramos escuchar un grito agudo. Más tarde un guardia nos confirmó que había nacido una niña. A las ocho de la noche del mismo día Mary volvió a la celda sola. Con amargura me contó que Verónica Leticia, su hija, pesó dos kilos setecientos gramos, era muy nerviosa, se sobresaltaba al menor movimiento o ruido y que sus orejitas eran igual a las del padre. Mary pudo dar pecho a escondidas a Verónica Leticia hasta que el oficial de turno, quien había estado en el parto, entregó la nenita a un joven vestido de

túnica blanca. El trámite fue breve: la nena salió envuelta en un gamulán y a Mary le dijeron que iba a la Casa Cuna de Buenos Aires, para lo cual la obligaron a firmar unos formularios con sus datos personales y los del padre, además de indicar las enfermedades que ellos habían tenido desde chiquitos.

Desde la separación de su hija, Mary dejó de cantar la letra de Daniel Viglietti que la había acompañado durante todo su embarazo: ‘Niño, mi niño, vendrás en primavera...’. Claro que en esa parte que dice: ‘Aunque nazcas pobre, te traigo también’, nosotras cantábamos: ‘Aunque nazcas preso...’”

## **Un silencio sin olvido**

El matrimonio Corro–Chamorro permaneció detenido en los “Pozos de Banfield” hasta el 11 de octubre de 1978. En esa fecha fueron llevados a la Comisaría de Laferrere, en la provincia de Buenos Aires. Nunca más supieron de María Asunción Artigas de Moyano ni de su hija, Verónica Leticia. Pero no las olvidan. Sus recuerdos y palabras lograron superar el silencio y la impotencia de Blanca Artigas, madre y abuela de dos silencios que no se olvidan.

## **El sueño de Blanca Artigas**

No hay otros testimonios sobre cuál fue el destino de María Asunción. Su huella ahí termina. A manera de símbolo en la sede de las “Madres de Mayo” en Buenos Aires, cuelga un buzo de lana que tiene adherido a él la siguiente inscripción: “Este buzo me lo entregó Mary en el campo de concentración de Banfield en julio de 1978, a los pocos días de haber llegado al mismo y fue mi único abrigo durante 80 días”. Fue uno de los últimos gestos de solidaridad que se

le conocen; “una pequeña gran solidaridad”, según el argentino Diego Barreda, quien recibió el buzo de regalo. Un mes más tarde, en agosto, tuvo su más grande gesto de amor, el nacimiento de Verónica Leticia.

La nieta de la señora Blanca, al parecer, nunca fue llevada a la Casa Cuna de Buenos Aires. Su destino se pierde en los brazos del joven de túnica blanca o en el misterioso acompañante del oficial de turno que una noche se interesó por la salud de María Asunción. Si es así, Verónica Leticia no sería la única nenita que hoy es “hija” de padres adoptivos que mantenían una estrecha relación con los organismos de seguridad que detuvieron, torturaron e hicieron desaparecer a sus verdaderos padres.

La mañana del 22 de diciembre de 1986 la señora Blanca de Artigas estaba recostada en el sillón del living-comedor de su casa, ubicada en el popular barrio La Teja. Ahí, rodeada de fotos de su hija, descansaba. Hacía calor y la chimenea de la refinería ardía consumiendo las energías de otros hombres que como su esposo dejaban la vida para mover la ciudad. Habían pasado exactamente nueve años desde la detención de su hija y su yerno. Siete años desde la llamada de teléfono que avisó de la existencia de una nieta. En todo eso pensaba Blanca de Artigas esa mañana de diciembre de 1986.

“Recuerdo que descansaba y divagaba recostada en mi sillón cuando la radio me sobresaltó al entregar la noticia de la aprobación en el Parlamento de la Ley de Caducidad. Nosotras, el grupo de madres y abuelas de detenidos—desaparecidos, sabíamos que la impunidad era casi un hecho. Sin embargo, al oír la noticia y volver a sufrir la violencia de la realidad, lloré, lloré toda esa mañana. La amargura me envolvió en el sueño y en el sueño estuve con mi hija: estaba jovencita, con su pelo largo y sus pantalones cortos de los quince años. Me miró con ternura. Cuando desperté sentía una extraña calma a pesar del momento que vivía.

Han pasado tres años y continúo soñando con mi hija, la veo siempre viva. Debe ser una respuesta inconsciente. María Asunción cuando estudiaba la secundaria salía a las



María Victoria

11 de la noche. Y como La Teja es un barrio oscuro, yo la iba a buscar al ómnibus. Ella me decía que al verme en la noche oscura sentía coraje y perdía el miedo. Creo que por eso mi búsqueda continúa; en estos doce largos y oscuros años no he dejado de buscar las huellas de mi hija y nieta.”

## **Epílogo: El Encuentro\***

Con Blanca de Artigas conversamos hasta octubre de 1987 y nos quedamos con la imagen férrea de su esperanza en encontrar las huellas de su nieta y, por extensión afectiva, a su hija. Sin embargo, sabíamos también que en ese momento no tenía ningún indicio, nada parecía mostrar con realismo una esperanza.

Pero un nuevo e importante acontecimiento nos dio la oportunidad de volver a conversar con ella, y ¿para qué?, nada menos que para reír junto a Blanca de Artigas, felicitando —si es que podemos usar esa expresión corta— el realismo vital de su esperanza, ahora cumplida, su nombre: María Victoria, la hija de doce años de su hija María Asunción.

## **“Era mi nieta”**

La cronología a veces juega con nosotros. El 30 de diciembre de 1977 fue secuestrado en Buenos Aires el matrimonio Moyano–Artigas. Otro 30 de diciembre, claro que diez años más tarde, Blanca de Artigas, también en Buenos Aires, se hacía un examen de sangre que comprobaría su filiación sanguínea con una niña, hija de desaparecidos y recién localizada.

A Blanca la había llamado a Montevideo su consuegra el

---

\* Crónica que se anexó una vez que fue encontrada María Victoria.

día anterior. Esta nada dijo, se limitó a pedirle que viajara urgentemente a Buenos Aires, ya que debía firmar algo."A mí me llamó la atención la urgencia y el pedido; porque yo siempre le dejaba varios papeles firmados para atender cualquier necesidad. Pero la verdad es que nada imaginé".

En Buenos Aires, las abuelas de la Plaza de Mayo le anunciaron que existía la posibilidad de que una niña, llamada María Victoria, de nueve años, fuera su nieta. Era una posibilidad, pues ese 30 de diciembre, además de Blanca, otras cuatro familias de desaparecidos se hacían el mismo examen de sangre. Era como una ruleta de la ilusión. "Yo no quise hacerme ánimo. Tampoco ver antes a la nena. Sabía que si la veía y era parecida a mi hija, yo me conozco, reaccionaría gritando, y la abrazaría y no sé qué más. Y eso podía hacerle mal a la niña".

"El año terminaba y todo había que hacerlo rápido o si no tendríamos que esperar el largo feriado judicial. El caso estaba radicado en el juzgado de Morón, bajo la responsabilidad del juez Ramos Padilla. En la tarde del 30 de diciembre, y sin tener aún una respuesta del análisis, fuimos con mi consuegra a la sede de las abuelas. Ahí había una fiesta, mesas con bebidas y cosas para comer, mucha gente y mucha alegría, estaban todas las abuelas para decirme que el examen era positivo. Era mi nieta. Yo que sé, lloré hasta no querer. Llorábamos todas, claro que de alegría".

## **"Al otro día la vi"**

"No dormí en toda la noche. Llamé a Uruguay, para que se enterara el abuelo; llamé a Suecia, donde tengo un hijo. Quería que la alegría fuera de todos.

Al otro día a las once y media de la mañana la vi. Primero la miramos con la otra abuela desde un balcón, la nena venía con la secretaria y un sicólogo; ahí empezaron de nuevo a correrme las lágrimas, no sé, la sentí igual a mi



hija. Nos hicieron bajar al patio del juzgado y el juez le dijo: 'Esta es Blanca, la mamá de tu mamá'. Sólo atiné a decirle: 'La abuela llora pero llora de alegría'. Nos abrazamos, es igual a mi hija, pensé. También ahí tenían una mesa llena de cosas, había de todo.

Desde el juzgado nos fuimos a la casa de mi consuegra. La niña de inmediato se quedó con nosotras y en la noche comenzó la fiesta porque llegaron los familiares. Era además año nuevo. Andaba loca de la vida, tiraba serpentinatas, "cuetes", era como si siempre hubiese estado ahí".

## **"No quiero ir a vivir a Belgrano"**

Verónica Leticia, nombre que María Asunción dio a su hija, contradiciendo a quienes querían que se llamara igual a ella, fue inscrita el mismo día de su nacimiento como María Victoria Pena. No se saben las razones que tuvieron sus padres adoptivos, pero lo cierto es que ambas coincidencias contribuyeron a la individualización de la niña.

Carlos Pena, oficial del ejército argentino que en ese momento era jefe de Brigada del área donde se encontraban los "Pozos de Banfield", hoy requerido por la justicia, entregó la niña a su hermano, también militar. Las visitas sorpresivas que María Asunción recibió en su lugar de detención días antes de dar a luz, ahora adquieren todo su sentido: su hija ya estaba asignada.

María Victoria se crió desde el primer día con el hermano de Carlos Pena y su esposa, María Elena. Su padre adoptivo murió a los pocos meses, quedando ella con María Elena de Pena y un hijo de estos que hoy tiene diecinueve años. A la niña, sin embargo, más tarde le dijeron que era adoptada, además, en todo su período de escolaridad estuvo prácticamente internada en un colegio privado. Esta situación explica la fragilidad de los lazos afectivos que María Victoria desarrolló con María Elena y su familia adoptiva.

Vivía en el barrio Belgrano, un sector residencial de

Buenos Aires. Una idea de la situación económica de la familia Pena la da el testimonio de María Victoria cuando al ir a dejar a Blanca al lugar en que salen los alíscafos hacia Colonia, dijo: “Yo acá vine una vez que fui a Punta del Este y a Piriápolis”. Hoy la niña se apresura a decir que no quiere volver a Belgrano, “tengo un triste recuerdo”.

Las investigaciones que condujeron a la localización de María Victoria se inician con las declaraciones del médico que extendió su partida de nacimiento, quien fue detenido con anterioridad. En noviembre fue también ubicada María José, la hija de un matrimonio argentino desaparecido. María Elena de Pena fue detenida antes del 30 de diciembre y a los pocos días dejada en libertad. Mientras tanto María Victoria era llevada a una casa que disponen las abuelas argentinas.

“Yo, cuando la nena me dice ‘comía esto con María Elena’ o si algo pregunta, no le digo nada. No hablo de ella, pero no la puedo querer, tengo rabia, porque ella sabía desde los cinco meses que nosotros la andábamos buscando, imagina que pusimos avisos en los diario y en todas partes. Ella sabía. No entiendo cómo, pero la niña no quiere saber nada sobre ella.

El juez me ha dicho que nos debemos cuidar, porque la mujer sigue intentando recuperarla, por eso ahora que María Victoria va al cuarto año de escuela siempre lo hace acompañada. Y por lo mismo quiero traerla conmigo a Montevideo, y porque quiero estar con ella, le tengo la pieza preparada y es la misma que usaba María Asunción”.

## **“Cómo era mi papá”**

María Victoria está viviendo aún en Buenos Aires con su abuela materna. Asiste al colegio y es atendida por dos sicólogos. Dice que la tienen cansada las fotos y cada vez que se encuent. a en la sede de las abuelas de Plaza de Mayo

con María José y con Paula Logares, otras niñas restituidas a sus familiares, juega y juega.

Blanca de Artigas realiza las gestiones para traerla a Montevideo, pero sabe que los trámites pueden durar varios meses, “son lentos, como todas las cosas judiciales”, y sabe también que pesará la decisión de la niña. La otra abuela no se opone a su traslado a Montevideo. “Las dos sabemos que la niña salió bien repartida: es morocha como María Asunción y tiene el pelo más claro como el papá; no le gustan las cosas dulces sino las saladas como a mi hija, pero siempre me pregunta si yo quería mucho a su papá o cómo era.”

“Mi esposo es su único abuelo. El ha ido conmigo varias veces a verla, y a la nena la primera vez que lo vió se le llenaron los ojitos de lágrimas. Juegan los dos y él está feliz. Cuando María Victoria dice que quiere estudiar medicina, lo que estudiaba María Asunción, los dos nos ponemos locos de alegría.”

“Ella se quiere venir. Está feliz con sus primitos, los hijos de su tío y que también fueron a verla. La verdad es que está loca con Sebastián, su primo de cuatro años, y también con Alexandra de cinco. Piensa que acá puede ser más divertido, además, está mi hijo menor que tiene diecisiete años, igual que su hermano adoptivo, y ella me cuenta que jugaba mucho con aquel. No sé, sólo sé que mi casa y la pieza de María Asunción la esperan.”



## **“¿Sabes por qué yo me llamé Juan Manuel?”**

*Juan Manuel es el nombre que recibió Amaral García, adoptado por un matrimonio argentino que trabajaba en el SIDE. Amaral nació en 1971 y fue encontrado en 1984 por su familia verdadera. Hoy vive y estudia en Montevideo, junto a sus tíos.*



Amaral

—¿Tú eres Amaral?

—Sí.

Me contesta con una ancha sonrisa y pienso entonces que debe haber una equivocación, que a pesar del parecido con la foto de la portada del libro que lleva su nombre, este botija que me sonrió con gran dulzura no es Amaral García. No se ven aparentemente rastros de su historia pasada.

Viene cargado con papeles que equilibra para saludarme, sin querer lo interrumpo una tarde de trabajo en un diario capitalino. En la casa de sus tíos, Alberto Sabechi y Maricel García, donde vive actualmente, trabajan todos; “yo lo hago para tener algún dinero los sábados y también para asumir más responsabilidad”. Y sigue sonriente. Le manifiesto que no me llamó por teléfono como se lo había solicitado en un recado. Ríe. Acordamos una nueva entrevista con carácter inamovible para el próximo día.

Pero al día siguiente las horas pasan y nadie en su trabajo sabe nada de Amaral. No llegó a la cita. Decido entonces ir a su casa. Su tía sin extrañarse me recibe y me comenta que es un poco olvidadizo, que el otro día llegó a las once de la noche sin avisar y estando a una cuadra de

casa. “Claro que es difícil enojarse con él, su forma de ser nos conquista.”

“La historia de Amaral empieza en esta casa —dice Maricel García mientras esperamos que llegue—. Cuando mi hermano Floreal, el padre de Amaral, cayó preso en julio de 1971, su esposa, Yolanda Hernández, tenía un embarazo de seis meses y se quedó a vivir con nosotros. Amaral nació el 25 de octubre de ese mismo año y yo tuve a Virginia tres meses después. Hoy Amaral y Virginia son casi hermanos. Virginia es nuestra única hija y Amaral es el hermano que siempre quizo tener; y para Amaral, Virginia es la hermana que nunca tuvo. Porque ‘hermano hombre’ sí tuvo y lo sigue llamando hermano o familiarmente Quique, a pesar de saber que es miembro de la Secretaría de Información del Estado (SIDE) en Argentina.”

Si bien su historia comenzó en la misma casa que hoy lo recibe como a un hijo, “porque a él lo reto igual que a Virginia cuando corresponde hacerlo”; su vida hasta los trece es una larga historia, como escrita por un García Márquez trágico, pero duramente real.

## Premoniciones

En diciembre de 1971 Floreal García salió de la cárcel y de inmediato se dirigió a Chile. “El 11 de marzo, Yolanda, mi cuñada, me dice que tiene la intuición de que algo va a saber de mi hermano. Yo pensé que estaba obsesionada, que lo quería mucho, ya que como no recibía noticias desde su partida, que era normal su nerviosismo, y por todo eso le contesté que sí, pero en el fondo yo reía. Sin embargo, ese mismo día, y cuando lo recuerdo se me vuelve a erizar la piel, Floreal la llamó y le dijo que se fuera lo antes posible a Chile.

Antes de partir dijo: Yo voy a terminar como tu hermano, si termina en la cumbre voy a estar con él y si termina



acribillado en una cuneta, también. Esa fue su segunda y más triste premonición.

El 20 de diciembre de 1974 las radios transmitieron la noticia: los cuerpos de Yolanda y Floreal y tres cuerpos más se encontraron acribillados y desnudos en las inmediaciones de Soca, en Canelones. Días después viajamos a Buenos Aires, nosotros sabíamos que desde la caída de Salvador Allende ellos vivían allí. Nos enteramos de los hechos pero de Amaral nada supimos.”

## **“Un hombre me ponía las esposas”**

Amaral y sus padres fueron detenidos el 8 de noviembre de 1974 mientras participaban en el cumpleaños de un amigo. Primero detuvieron a Floreal junto a Carlos Abreu cuando iban a comprar un pollo en un negocio cercano al lugar de la fiesta; dos horas más tarde, un grupo de civiles obligaron a Yolanda y a Amaral a acompañarlos, según ellos, Floreal estaba detenido por un robo de autos.

Cuando la tía de Amaral insiste en recordar esos momentos, en que no tuvieron ninguna respuesta sobre el niño, llega Amaral disculpándose por no haber asistido a la cita: “lo olvidé, había elecciones en el liceo”. Inquieto se sienta junto a nosotros y se integra a la conversación. “De ese período no recuerdo nada en forma muy hilada y coherente, a veces recupero imágenes fugaces: una casa llena de hombres; estábamos jugando a las escondidas y un hombre me ponía unas esposas, las que yo me sacaba; un cuarto oscuro donde estábamos mi padre, yo, y un hombre que con unas llaves hacía hoyitos a un papel de diario que estaba pegado sobre la única ventana; y una especie de garage lleno de autos y camionetas, donde habían sacado una tapa de alcantarillado”. Son los únicos recuerdos de un niño que hoy tiene 16 años y vivió esa experiencia cuando tenía tres.

## **“No tengo una varita mágica”**

Llegan y se integran a la conversación Virginia y Alberto Sabechi, su tío. Este último comienza a narrar con énfasis irónico el encuentro con el ex presidente Bordaberry. “Un día, después de esperar meses la entrevista, nos atendió el mismo Bordaberry. Era marzo de 1975 y estaba toda la familia. Le entregamos una carpeta llena de datos, pero al pedirle que intercediera por el niño, nos respondió:

—No tengo la varita mágica, no puedo pasar por arriba del poder judicial.

—¡Pero si usted es el presidente y nosotros tan sólo buscamos a un niño! —contesté.

—Entiendo, pero a pesar que yo quisiera hacer algo por ustedes, hay otros que no quieren.

Y esa fue toda su respuesta.”

## **Sus padres del SIDE**

Mientras la familia sanguínea de Amaral realizaba esas infructuosas gestiones, el niño que tenía cinco años era bautizado en una Iglesia de Argentina con el nombre de Juan Manuel Moreno. “Me acuerdo que era el año 1976 cuando me adoptaron y posteriormente me bautizaron; me acuerdo porque yo recogí una moneda, de esas que tira al aire el padrino, y pregunté qué año era”.

Sus padres adoptivos eran Doroty Gonella y José Antonio Moreno. Doroty Gonella adoptó al niño y además conocía a la madre del pequeño, según las declaraciones que hizo a las Abuelas de Plaza de Mayo la mujer que falsificó el certificado de parto para la adopción. “Y sabés cómo conocía a Yolanda —interviene Maricel—. Ella se hizo amiga de mi cuñada meses antes que los secuestraran. Mi hermano Uruguay, el único que viajó a Buenos Aires a verlos, regresó comentando que no le había gustado nada la amiga que se

había hecho Yolanda en esos días, llamada Doroty. A tal punto que pensó en escribir y advertirles”.

Las historias se suceden y Amaral en ocasiones interviene con alguna vivencia de esos años, cuando él se encontraba en el otro lado de la ‘guerra’. “Mi padre—José Antonio Moreno, a quien dice padre— no era del SIDE al momento de adoptarme, aunque después se integró a ese organismo, en cambio ella era desde un comienzo. Me acuerdo que cuando Doroty estaba a punto de morir de cáncer, en 1978, el pastor de la Iglesia Evangélica le dijo a mi abuela: ‘Su hija va a tener que pagar ojo por ojo y diente por diente’. Yo lo sé porque ella nos contó más tarde.

—¿Y sabés por qué yo me llamé Juan Manuel? —agrega presuroso y riendo.

Estábamos viendo televisión y mostraron la foto de este personaje histórico argentino, Juan Manuel de Rosas, a mí me gustó el nombre, y cuando le pregunto a mi mamá como se llamaba, le dije, como yo sabía que era adoptado, que quería tener ese mismo nombre.”

En ese año en que muere Doroty Gonella, Amaral se va a vivir con sus abuelos, a la casa de la abuela Margarita y del abuelo Rodolfo, en la localidad de Pilar, a 42 kilómetros de Buenos Aires. Margarita era la madre de Doroty y Rodolfo vivía con ella, pero no era el padre de Doroty. A ellos los trata hasta hoy afectuosamente de abuelos.

## “Los abuelos”

Esos son los años que con más alegría recuerda. Asegura que los abuelos lo querían mucho y él a ellos. “A mi abuela yo siempre le preguntaba cuál era mi nombre antes, pero ella no se acordaba. Me decía: “Tu nombre es poco común, ¿cómo era, cómo era?”, y no se acordaba. Ellos eran distintos a mis padres, me acuerdo de un amigo de ellos que fue a comer y que después no apareció más, lo habían metido preso por política”. Con sus abuelos vivió seis años, en

cambio con sus padres adoptivos sólo recuerda haber vivido dos, sin haber desarrollado grandes lazos afectivos.

A fines de 1983, sin embargo, murió su abuela Margarita y una semana más tarde su padre, José Antonio Moreno. Amaral, permaneció un tiempo más con su abuelo Rodolfo hasta que su hermano Quique, Enrique Elías, hijo del primer matrimonio de Doroty, lo llevó con él a Formosa, localidad ubicada a dos horas de vuelo de Buenos Aires.

¿Y qué pasó con el abuelo Rodolfo, también murió? —pregunto después de saber de tantas muertes.

Antes que nadie responde Amaral: “Él todavía no ha muerto”. Pero de inmediato interviene Maricel: “No queríamos decirte, pero lo tienes que saber, supimos el año pasado que él también había muerto”. Amaral intenta decir que es mentira, pero el rostro de Maricel le contesta afirmativamente, entonces, agacha la cabeza y después de unos segundos se para de su asiento y se encierra en su cuarto.

“El tiene hambre de abuelos, siempre me está preguntando por mis padres y los padres de Yolanda, su verdadera madre”. Al rato, Amaral vuelve y se sienta en la misma silla pero sus ojos tienen huellas de lágrimas. No puedo ocultar mi asombro frente al amor que todavía guarda por sus abuelos, en definitiva por la familia que contribuyó a separarlo de sus verdaderos padres. Y por lo mismo pregunto:

—¿Tú no les guardas rencor?

—No, ninguno.

—¿Y a tu hermano que es de la SIDE?

—Tampoco, porque recibí un trato de hermano. Pero no me gusta que sea del SIDE.

—¿Y qué cariño guardas a tus verdaderos padres?

—Mis padres verdaderos. Yo qué sé... casi no los conocí. Trato de recuperar la mayor cantidad de recuerdos. Mi padre dicen que fue muy solidario, imagínate que cuando era boxeador y salió campeón panamericano iba a ir a Tokio a un campeonato, y no fue, no quiso ir, porque días antes echaron a su entrenador.”

De Floreal y Yolanda sólo sabe desde hace dos años, y es

a través de los recuerdos, de imágenes, de símbolos, de conversaciones familiares. Su presencia quizás también está presente en la inquietud de Amaral por participar en la actividad gremial, en la figura del Che que se repite en las paredes de su cuarto y por ahí, pequeñito, el dibujo del símbolo de la colectividad política en que militó su padre.

## “El Reencuentro”

A inicios de 1984, Sara Méndez, quien constantemente viajaba a Argentina buscando a su hijo Simón, dijo a la familia García que se ocuparía personalmente de averiguar por Amaral. “Nosotros desde 1983, y con la apertura, reiniciamos la búsqueda junto a los familiares de desaparecidos. En 1975, después que me sacaron encapuchada de mi casa, bajo la amenaza de que algo podía pasarle a mi hija si continuaba con las averiguaciones, habíamos decidido parar la búsqueda. Dos días antes de las amenazas, mi marido y mi hermano Uruguay, habían tenido un altercado con la policía; lo que pasó fue que después de mucho tiempo de búsqueda y visitas a jefatura, mi hermano trató de incompetente a un Comisario, al comisario Fontana.”

“En julio de 1984 —interviene Alberto— llamó Sara diciendo que fuéramos a Buenos Aires porque tenía datos de Amaral. Viajamos a Pilar y lo pude ver desde lejos jugando con otros amiguitos de la calle. Uruguay conversó con él, yo sólo me dediqué a mirarlo.”

Amaral observa y comenta: “Creo que me acuerdo de haber visto al tío Uruguay”.

Sin embargo, en diciembre de ese mismo año al saber que Amaral estaba viviendo en Formosa con un miembro activo de la SIDE, pensaron que las cosas se complicaban. “Después de muchas indecisiones nos entrevistamos con el senador Araújo, quien luego de oír el caso, nos dijo, ¿se animan a ir directamente a Formosa?”

“Fuimos con el senador Araújo, quien se entrevistó con el

gobernador de Formosa, con el jefe de policía y por intermedio de éste nos entrevistamos todos con Enrique Elías. Esa vez nos dijo: 'si hubiera sabido que estaban tan cerca de nosotros me habría arrancado con el niño'. Sin embargo, 'Quique', como lo llama Amaral, aceptó que viniera con nosotros, aunque la justicia se encargó de poner trabas, a través del Juez que llevaba el caso en Buenos Aires. Primero, una vez que estábamos con Amaral en Buenos Aires obligó al botija a volver a Formosa, y después cuando estaban todos los papeles al día dijo que debía ver a un sicólogo y detuvo el viaje para Uruguay. Recién el 14 de setiembre de 1985, a las doce de la noche, regresó Amaral a nuestra casa."

## **"La otra gente también tiene sus historias"**

Amaral durante toda la conversación sonríe y sentado mueve nerviosamente la pierna sin dejar de sonreír. Los primeros meses en su nueva casa y con su nueva identidad le fue difícil abrirse al mundo, le costaba enfrentar el que todos preguntaran por su historia: "Cada vez que me preguntaban si era Amaral, el desaparecido, me encogía de hombros y me echaba para atrás". En ese momento interviene Maricel, su tía: "al principio permanecía encerrado en sí mismo. Imaginé que le costó mucho ir a la piscina de AEBU, yo le había conseguido una beca hacía varios meses y él no se decidía, hasta que un día inventé que si no la usaba la perdería, recién ahí se atrevió a ir, y hoy el peor castigo, es que le prohíban asistir". Su prima y casi hermana, Virginia, agrega: "ahora cuando salimos juntos por el barrio no hay casa en que no salude a alguien". Amaral, alegre, confirma lo dicho por Maricel y Virginia: "con el trabajo en el diario también en el centro conozco cantidad de gente".

Noha sido fácil para Amaral: "El año pasado, el primer día de clases se me acercó una botija y me preguntó:

—¿Cómo te llamás?

—Amaral.

—¿Amaral cuánto?

—Amaral García.

Al contestar salió corriendo hacia otra botija y después de decirse unos secretos volvió al lugar en que yo estaba y preguntó: “¿Vos sos el que era desaparecido?” Al contestarle que sí, se hechó a correr. Al rato lo sabía casi toda mi clase”.

Amaral agrega que le gusta la aviación, “desde hace seis años que me gusta, pero no sé lo que voy a hacer, no sé si voy a tomar por el lado de las nubes”.

—¿Y a tus amigos, les contás tu historia?

—A muy pocos, a no ser que me pregunten, pienso que la otra gente también tiene sus historias que no cuenta.





# Una mirada que no se olvida

*Mariana Zaffaroni, nacida en 1975, vive hoy con un hombre de apellido Furci, ex funcionario argentino de la SIDE, en Buenos Aires o en Asunción, o quizás en qué lugar. Su abuela, Ester Gatti, aún la busca.*



Desde el nacimiento de Mariana sus abuelos comenzaron a viajar más asiduamente a Buenos Aires. “Nos turnábamos, una vez iba mi marido y otra vez yo”. En uno de esos viajes la abuela pidió a su hija permiso para traer a la nieta a pasar con ella las vacaciones en Montevideo. En febrero podía dedicar a la nena todo el tiempo, Marianita disfrutaría del sol y del aire fresco, dejaría de respirar ese aire asfixiante de Buenos Aires en verano. La madre no sin un poco de tristeza aceptó, le costaba separarse de su primera hija.

“Los últimos días de enero de 1976 viajé a la localidad de Florida donde vivía Marianita con sus padres, y después de estar cinco días jugando con mi nieta (porque los niños no tienen buena memoria visual, pero Marianita se adaptó en seguida a mi manera de ser) pude traerla conmigo a Montevideo”.

La abuela estaba preocupada, hacía muchos años que no tomaba un bebé en sus brazos. “La nena se sintió incomoda en el Aliscafo. Una vez que llegamos a casa, con una amiga la bañamos, la cambiamos y ella aparentemente estaba bien”. Ese día fueron a buscar la misma cama que su hija había usado cuando pequeña; ahora en ella dormiría la hija

de su hija y en ella también habían dormido los hijos de su hermana. “Al hacerla dormir estaba inquieta, ahí noté cómo extrañaba a su madre. Mi amiga me tranquilizó diciendo que eso era normal y que en unos días se le pasaría. Así fue, Marianita muy pronto recuperó su atención y sonrisa de siempre.

Se despertaba muy temprano. Y nosotros con mi marido reíamos porque hablaba y hablaba en su camita, con ese singular querer decir de los niños. Ella reclamaba su papilla y luego la vestía. En la mañana íbamos en ómnibus a la playa de Pocitos. A la hora del almuerzo regresábamos a casa donde mi esposo tenía preparada la comida. Comía mucho, le gustaba la carne y el yogurt. Después dormía la siesta. Ahí recién podía yo descansar un rato, muy poco rato, porque antes que despertara aprovechaba de lavar sus pañales y arreglar la casa, que mientras ella estuvo fue un desorden. En la tarde la vestíamos muy ‘mona’ y la sacábamos a pasear por el barrio. Reía con los niños que jugaban en el vecindario, con el tren que pasa cerca de casa y con los caballos que en Buenos Aires casi no se ven. También visitamos a los familiares que no conocían a mi nieta, pues sólo nosotros visitábamos a Marianita que había nacido el 22 de marzo de 1975.”

Ester Gatti de Islas y Ramón Islas eran los únicos de la familia que conocían la dirección de su hija, María Emilia, en Buenos Aires. En diciembre de 1974, Jorge Roberto Zaffaroni y su esposa, María Emilia Islas, ambos de 21 años y ella embarazada de cinco meses, dejaron Uruguay. Para los organismos de seguridad del país en ese tiempo constituían un peligro potencial que alteraba el “orden democrático”. En Argentina aún podían vivir y residir jóvenes como ellos; sin embargo, la cercanía física con ese Uruguay “protegido”, impedía al matrimonio proyectar su vida con tranquilidad.

“Cuando regresé con mi nieta a Buenos Aires, ella ya daba sus primeros pasos. Mimoseamos hasta el final. Yo estuve cinco días más con ella. El día de mi partida, vinieron los tres a dejarme al Alipuerto, entonces María Emilia me pidió que tomara por última vez a Marianita en mis brazos, pero la niña se puso de inmediato a llorar. Le dije a mi hija que la

llevara ella, porque era claro que la niña creía que nuevamente la iban a alejar de su madre. La última imagen que tengo de ellos —y esto lo dice sin poder contener las lágrimas— es a mi hija junto a su esposo y Mariana en los brazos de su padre, muy “paqueta”, con un vestidito azul con pintas blancas, que recién estrenaba, mientras agitaba su bracito diciéndome adiós ...”

Días después recibió una carta de su hija en la que decía que Mariana lloró mucho por la ausencia de la abuela con quien compartió aquel mes de manera tan intensa.

## **“Creo que estoy embarazada”**

En abril de ese año detuviern en la Carretera de Colonia a Montevideo a una compañera del mismo grupo político de Jorge Zaffaroni y María Emilia Islas. “Yo de inmediato les avisé por teléfono a Buenos Aires, entonces, se cambiaron de casa y la comunicación siguió siendo permanente, pero se limitó a las cartas. En junio hice ver a mi hija que quería viajar a verlos, sin embargo, ella me contestó que no, que la cosa estaba muy difícil. El golpe militar en Argentina fue en marzo de 1976 y a partir de esa fecha desaparecieron 117 uruguayos. En Argentina ya tampoco se podía vivir.

“El 30 de setiembre recibí una llamada de la hermana de mi yerno avisando que María Emilia, Jorge y Marianita habían sido secuestrados. Pensé en los 23 años que tenían ambos, en la nenita, en sus estudios y amistad en Magisterio. Mi hija lo llamaba el ‘charleta’, ya que hablaba mucho. Siempre fueron amigos e incluso unos días antes de casarse seguía siendo para ella uno de sus grandes amigos; al menos eso me decía a mí. No fue difícil para ellos iniciar su vida de pareja, armaron su casa con muebles de la familia Zaffaroni, que se había ido a vivir a Río de Janeiro”.

El secuestro fue el 27 de setiembre. A los cuatro días, en Buenos Aires, los padres de María Emilia y Jorge iniciaron juntos la búsqueda. Fue imposible publicar la noticia debi-

do a la severa censura informativa, sólo el *Buenos Aires Herald*, editado en inglés, y *Crónicas*, informaron del hecho. En la policía local de Florida no aceptaron la denuncia. Todas las gestiones fueron infructuosas. “Nosotros regresamos a Montevideo y los padres de Jorge a Río de Janeiro.”

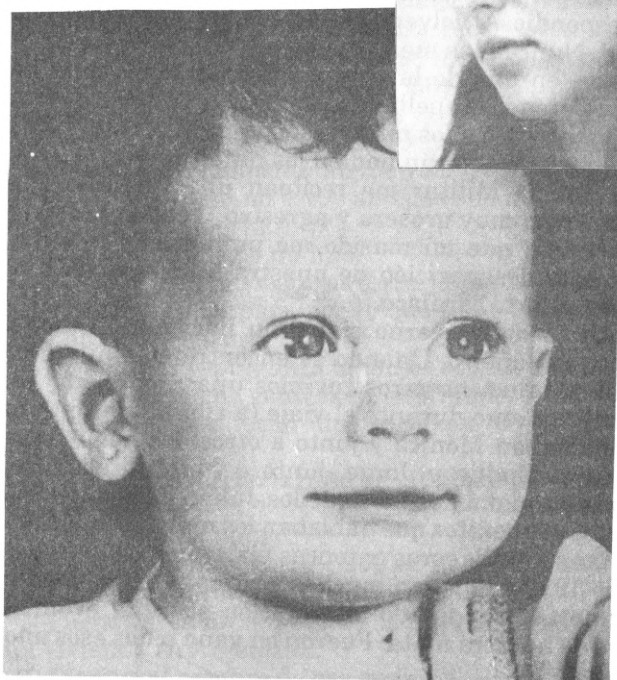
“Al abrir la puerta de nuestra casa en Colón encontramos una carta de María Emilia escrita días antes de su desaparición: ‘La situación está muy mala y yo como siempre complicando las cosas, creo que estoy embarazada’. Meses después, amigos de mi única hija nos confirmarían que al momento de su detención tenía un embarazo de cuatro meses. Yo había discutido con ella cuando en el viaje en que fue a dejar a Marianita me dijo que quería tener otro bebé; un niño para que la nena no se criara sola”.

## “Estuve con su hija y ahí estaba Mariana”

A Jorge Roberto Zaffaroni lo detuvieron a las seis de la tarde mientras caminaba rumbo a su casa en Florida. Un grupo de hombres de civil lo subieron a un automóvil y junto a otros tres automóviles sin placa de identificación se dirigieron a su domicilio. Mariano Casella, un italiano que les arrendaba un departamento interior, recuerda: “fue bajado violentamente, con la camisa rasgada. Una vez en la casa se oían muchos ruidos, como si estuvieran rompiendo los muebles. Al rato, algunos de los hombres se llevaron a Jorge en dos automóviles. Los otros esperaron a María Emilia. Ella, media hora mas tarde, llegó con la niña en brazos y antes de entrar a la casa fue detenida. Mi esposa salió a pedir que dejaran a Mariana. ‘¡Entre inmediatamente señora!’, gritaron.”

Recién en 1985, cuando los presos salieron con la amnistía, una mujer visitó la casa de Ester Gatti: “El 30 de setiembre estuve con su hija en Automotores Orletti. Ahí estaba también Mariana, y Jorge que se encontraba en otro lugar de ese establecimiento clandestino”.

María Emilia Islas



Mariana

## **“Son brutos pero nobles”**

“Cuando regresamos a Buenos Aires continuamos las gestiones de búsqueda en Montevideo. Creo que nunca he pasado una semana sin haber hecho un trámite. Elevé un exhorto al Consejo del Niño, al Estado Mayor Conjunto, al Ministerio del Interior, al Ministerio de Relaciones Exteriores. Nunca tuve respuesta.

En una Comisión de Respeto a los Derechos Individuales una vez me atendió la esposa del Coronel Silva Ledesma, quien era Fiscal Militar. ‘Yo no sé por qué usted está tan preocupada por su nieta, señora, si ella está con su madre’. Así me respondió. Al volver a preguntar, ‘no tengo nada más que decir’. Nunca más me recibió.

Otra vez, en una de las tantas oficinas que visité, me recibió un Coronel de apellido Maynard, quien durante toda la entrevista elogió a los militares uruguayos: ‘Son brutos, pero nobles, nunca harán nada a los niños’.

En la Policía Militar me recibían unas ‘milicas’ que tenían un trato muy grosero y agresivo. Yo siempre salía llorando, hasta que mi marido me prohibió ir. El sufrió mucho con la desaparición de nuestra hija y en 1980 no resistió un infarto cardíaco.

Los padres de mi yerno siguieron haciendo gestiones desde Río de Janeiro. Cuando se encontró en Chile a los hermanitos Julien nosotros tuvimos una esperanza. Los niños contaron que durante el viaje (a Chile) fue con una tía que llamaban Mónica y junto a otros dos pequeñitos. Como María Emilia y Jorge, junto a Marianita, fueron secuestrados un día después que los Julien, pensamos que uno de esos pequeñitos que hablaban los niños recuperados era Mariana. Mis suegros entonces viajaron a Chile el 9 de agosto de 1979 e hicieron muchas gestiones en los medios de comunicación pidiendo información sobre el eventual paradero de nuestra nieta. Fueron en vano todos esos años de búsqueda”.



## La pista

En enero de 1983, el diario *O Estado* de San Pablo publicó la entrevista de un ex militar argentino. El hombre no se identificó, pero entre otras cosas dijo que la hija de un matrimonio uruguayo secuestrado en Buenos Aires en 1976, había sido adoptada por un compañero de base.

La familia Zaffaroni conversó con el periodista que entrevistó al ex militar. "No puedo decir el nombre de mi entrevistado, pero sí me comprometo a investigar más sobre el relato de la niña adoptada". Tres meses después el periodista llamó a Marta Castilla de Zaffaroni para citarla a una cafetería. Durante una hora recorrieron distintos lugares de la ciudad. Finalmente se sentaron en otra cafetería y ahí apareció el ex militar. "Era una sorpresa que le tenía preparada", dijo el periodista y de inmediato se retiró.

—Yo salí de Argentina en 1979 por saber demasiadas cosas y en algún momento alguien iba a tener que cargar con las culpas. Pero no estoy arrepentido de nada porque aquello era una guerra.

—¿Pero qué sabe de mi hijo?

—Yo sólo interrogaba, otros torturaban. A los uruguayos se los llevaron a su país, por lo que tiene que reclamarlo allá y no en Argentina.

—¿Y mi hijo? —preguntó la mujer con insistencia.

—Sobre su hijo no estoy bien informado. El y su esposa no eran terroristas, eran idealistas que vivían casi en la miseria.

—¿Y qué ocurrió con la niña adoptada que usted menciona en la entrevista?

—La adoptó un amigo.

En ese momento Marta Castilla le mostró una foto de Mariana. El ex militar cambió de actitud.

—Puede ser la niña. Pero no sé si quien la adoptó continúa viviendo en Argentina.

—Dígame el nombre de esa persona.

—No se preocupe señora porque si su nieta está en otras manos, debe estar igual o mejor que con usted.

—Dígame el nombre de esa persona —insistió con rabia.

—Quien tiene la niña es un amigo y a él no lo traicionaré.  
Y dio por terminada la entrevista.

## **“Desde esa fecha tiene una criatura”**

A los pocos días de la entrevista con el militar, el matrimonio Zaffaroni consiguió ayuda financiera en Brasil con el objeto de poner un aviso pago en el *Clarín* de Buenos Aires. El aviso salió el 20 de mayo de 1983 y llevaba una foto de Mariana, sus señas personales y un relato del secuestro. Además, dos direcciones para que escribieran entregando datos o informaciones: La Casa de las Abuelas en Buenos Aires y la Asociación Ecueménica de la ciudad de San Pablo, CLAMOR.

Meses después llegó una carta anónima a CLAMOR enviada desde Buenos Aires. En ella venía un corto escrito: “Desde la fecha por usted denunciada tiene una criatura con esas características y su esposa nunca estuvo embarazada. Es imposible que la adoptara por la vida anormal que lleva y los riesgos que corren no sólo él y su familia sino los integrantes de este edificio”. Y dos recortes de periódicos: Uno con la noticia de un juez que obligó a algunos miembros de la Secretaría de Información del Estado a identificarse; se enumeraban varios nombres y entre ellos iba subrayado Miguel Angel Furci. El otro con la noticia de la desactivación de un artefacto explosivo en la calle Santo Tomé 3257, Villa del Parque, Provincia de Buenos Aires, dirección que iba subrayada. Las abuelas de la Plaza de Mayo iniciaron entonces las investigaciones.

## “¡Qué linda canción!”

“Al poco tiempo se nos confirmó que en la dirección que venía en la carta anónima, vivía una niña que podía ser Mariana. Comencé a recorrer el barrio, me paraba algunos minutos frente al número 3257 de la calle Santo Tomé con la esperanza de verla salir o entrar. No podía ser descubierta haciendo averiguaciones sobre la niña. Fui varias veces a la casa y no conseguí nada. Tenía miedo y para darme valor pedí a la abuela Marta que fuéramos juntas. Decidimos ir al mediodía, porque si iba al colegio de mañana la veríamos regresar y si iba de tarde la veríamos irse.

“Esa tarde hacía frío en Buenos Aires. Con Marta acordamos separarnos unas cuadras antes y encontrarnos frente al edificio, donde nos pusimos a charlar como dos grandes amigas que no se han visto en muchos años. Marta sacó unas fotos, imitando como si fueran de sus hijos, y continuamos conversando. Luego de un largo rato sentimos abrir la puerta del edificio, pero se trataba de una niña ya adolescente que iba al colegio. Como habíamos permanecido mucho tiempo en el mismo lugar, Marta fue a dar una vuelta a la manzana mientras yo esperaba en la esquina. La calle tenía mucho movimiento. Estaba parada en la esquina cuando salió una niña del edificio acompañada de una señora que cargaba un bolso. Yo reconocí de inmediato a Mariana. La mujer era morocha, de estatura mediana y pelo corto, vestía con pantalones vaqueros y un buzo de lana azul. La niña, vestida con equipo de gimnasia, se veía muy contenta, cantando y saltando por el lado de la acera que da a la calle. Las seguí y me llamó la atención el poco pelo que la niña tenía en su cabecita. Recordé entonces que Marianita tenía tan solo unas pelusitas. Adelanté el paso y al llegar al lado de ellas, dije mirando a Mariana: ‘¡Qué linda canción!’. Ella levantó su cabecita y me miró a los ojos. No hay duda, pensé, es Mariana, los mismos ojos claros y grandes, con ese color muy particular y carita sonriente. Aunque hubiese sido posible seguir conversando con ella no

habría podido: la emoción no me dejó articular otras palabras. La mujer que la acompañaba me observó con un gesto muy duro en la cara, como investigándome. Seguí mi camino, temerosa de que todo fracasara.

En la esquina nos reencontramos con Marta, quien vio también a Mariana de frente. Mariana y la señora entraron en un negocio. Fuimos a la salida del negocio para verle nuevamente los ojos, pero Mariana salió mirando la golosina que le habían comprado. Caminaron hacia el Colegio y atrás nosotras a una distancia de diez metros tratando de comparar su figura con la edad que tendría Mariana. La perdimos al entrar al Colegio.

Caminamos por el sector durante cinco horas para volver al Colegio al momento de su salida. Buscamos en la puerta a la mujer que al mediodía la acompañaba. Hasta que en un grupo de colegialas reconocimos a Marianita; no fue posible alcanzarla y ver de nuevo su rostro. El grupo de niñas la acompañó a la entrada del edificio y esperaron que abrieran la puerta. Esa fue la última vez que la vi”.

## **“Furci no ha cometido ningún hecho luctuoso”**

Las investigaciones realizadas por las Abuelas de Plaza de Mayo determinaron que Miguel Angel Furci, miembro de la Secretaría de Informaciones del Estado, tenía a una niña desde la fecha de la desaparición de Mariana Zaffaroni. “Por las dificultades que con seguridad enfrentaríamos en las gestiones para recuperar a Mariana, en reuniones entre las abuelas uruguayas, y las abuelas argentinas, decidimos iniciar el juicio con un hecho público. Con pancartas y carteles que portaban fotos de Mariana nos reunimos un centenar de personas, entre uruguayos y argentinos, en la puerta de los tribunales de justicia, mientras los familiares más directos presentábamos la denuncia ante el Juez”.

Un día después de recibir la denuncia, el Juez se declaró incompetente. “Durante un largo año la causa sufrió una y otra irregularidad y trámites innecesarios. Del primer Juez pasó a otro del Juzgado Federal de San Isidro que estaba por jubilar; luego el Fiscal solicitó que el juicio pasara a manos de la Justicia Militar, entonces el caso va al Parlamento para que se dirima sobre competencia. No hay resolución y comienza a actuar como subrogante el Juzgado Federal, ahí se presentaron una serie de escritos. Mientras tanto la familia Furci seguía viviendo en el mismo edificio y haciendo una vida regular. Tal vez la única irregularidad es que Mariana casi no era llevada al Colegio. Los Furci tenían orden de arraigo; es decir, no podían salir de las fronteras de Argentina. Yo por mi parte viajaba regularmente para informarme y entregar la documentación que fuera necesaria. Finalmente la causa derivó a un Juez Civil, quien la pasó a otro Juez y de nuevo éste la devolvió al primero”.

Con el objeto de poner fin a esa interminable “aventura” judicial, la defensa de Ester Gatti exigió al Juez el examen de histocompatibilidad (las muestras de sangre permiten determinar con un noventa por ciento de certeza de qué familia es la niña). El Juez ya antes se había negado. Pero el 13 de junio de 1985, Adriana María González, la supuesta madre de Daniela Romina Furci, nombre que habían puesto a Mariana, se presentó al Juzgado y declaró que haría abandono de domicilio por llevarse muy mal con su marido. El Juez no realizó ninguna gestión para retener a la niña al menos hasta la finalización del juicio. La mujer desapareció con Mariana sin dejar rastro alguno. Quince días después Miguel Angel Furci también desapareció. El juicio que más tarde pasó a otro Juez quedó virtualmente cerrado.

Al pedir explicaciones al Juez, éste respondió: “El señor Furci no ha cometido ningún hecho luctuoso, no procedía decretar vigilancia domiciliaria”.

## “Una mente enferma”

Mientras se desarrollaba ese interminable juicio comenzaron a llegar unas extrañas cartas a la casa de Ester Gatti. Supuestamente firmadas por Mariana, pero es difícil creer que una niña de nueve años escriba: “La Familia es una institución natural que se origina y se basa en el matrimonio monogámico, indisoluble. Su fin primordial es la transmisión de la vida y la educación de los hijos”.

Esta definición de familia, sacada de un Código Civil o de un texto teológico, viene en una carta de seis carillas que se divide en capítulos como: “La Etica”, “La Moral”, “Sobre la existencia de Dios”, “La naturaleza del Creador” y otros. Era la primera carta firmada por Daniela Romina Furci, “hija” de Miguel Angel Furci y Adriana González de Furci, matrimonio que huyó de la Justicia cuando debían probar mediante un examen biológico que ellos habían transmitido la vida a su hija Daniela. Las cartas se sucedieron en 24 horas. En la segunda se lee: “A las 12.00 del mediodía —como siempre— llama la abuela Delia y casi hace las mismas preguntas que a las 13.00 hace la abuela Zulema. Por la mañana mamá y yo dormimos casi hasta las 10.00 horas —normalmente me despierto primero—, salgo de mi habitación y me voy a su cama, y aquí es donde comienza lo lindo, comienzo a besarla en los labios, la frente, detrás de la oreja y en mi pensamiento agradezco tenerla junto a mí. A las 15.00 horas aproximadamente llega mi papá —sí, ése que usted llama ‘represor’ e integrante de las Fuerzas Armadas— y esto es otra buena historia para contar. Nos empezamos a abrazar, a besar, a jugar y Dios mío, esto es hermoso.”

De más está decir que la abuela Ester Gatti es una ‘señora arpía’, un activo miembro frentista del Partido Comunista Uruguayo, quien ‘lanzó una gratuita acusación a mi papá, que es un luchador de la Democracia’ ”.

Antes de estas dos cartas hubo un telegrama: “Mis papis me aman y yo a ellos”. Firma Daniela Romina Furci.

Las cartas además intercalan largas citas bíblicas. Su lectura produce curiosidad y temor. Ester Gatti las tuvo mucho tiempo antes de publicarlas; “las encontraba demasiado ofensivas y siento miedo al pensar que el ‘padre’ de Mariana es, por decir lo menos, una mente enferma”.

## **En algún lugar camina mi nieta Mariana**

“Cuando desapareció de nuevo Mariana —y al hablar sus ojos apenas contienen las lágrimas— fui al Servicio de Información del Estado, en Argentina, y la primera vez me respondieron que no trabajaba allí ese tal Furci. En mi segunda visita me contestaron que estaba siendo sumariado, no por mis acusaciones, sino por no presentarse a desempeñar sus funciones, por abandono de trabajo sin previo aviso. Ellos no sabían donde estaba.

Después me presenté en Interpol exigiendo que se les buscara. Me respondieron que no podían destinar funcionarios en una búsqueda sin destino, ni yo ni ellos sabían en qué país estaba el señor Furci. Luego fui a ver al embajador argentino en Uruguay. No me recibió pero mandó decir que había distribuido doscientas fotos por el país y publicitado por televisión la última foto de Mariana y los Furci, y que más no podía hacer.

Entonces, con las abuelas uruguayas recolectamos 85 mil firmas que mandamos al presidente Alfonsín para que asumiera el caso personalmente. ¿A dónde fueron a parar las firmas? No me queda claro.

Y así una tras otra gestión. Y nada; nada del paradero de Mariana. Nada del destino de mi única hija y yerno, nada del bebé que mi hija tenía en su vientre. Pero sigo buscando a Mariana, ella está cerca, en algún lugar suponemos, camina un hombre de apellido Furci con otra fisonomía y una nena de 14 años... que es mi nieta Mariana”.

## Epílogo: “Ella volverá”\*

Ese lugar, en un momento pareció ser Asunción, Paraguay. Así lo anunció la prensa montevideana en setiembre de 1987. Después de dos años de silencio, las primeras planas de los periódicos anunciaron que Mariana Zaffaroni había sido encontrada en aquella ciudad. Solo bastaba la gestión de cancillería a cancillería para tenerla nuevamente en casa. La noticia corrió de boca en boca y la alegría se dibujó en todos: la niña de ojos claros, cuya mirada congelada todavía nos sorprende en algunas paredes de Montevideo, podría volver a reencontrarse con los suyos.

Paradójicamente, esa misma mañana, Ester Gatti, sin ninguna sonrisa en su rostro, miró con alarma la figura de su nieta en los diarios. “Los primeros días de setiembre fui informada por abuelas de Plaza de Mayo que en julio les había llegado un anónimo: Furci se encontraba en Asunción, es más, el escrito especificaba el barrio Trinidad, donde supuestamente tenía un depósito de provisiones. En él se agregaba que mi nieta asistía a un colegio de monjas”. De inmediato, y sin entender por qué no se le avisó antes, viajó a la capital paraguaya. Se puso en contacto con gente ligada a la Iglesia. “El abogado De Vargas me acompañó en su auto y durante cuatro días recorrimos calles, colegios, todo el barrio Trinidad y los barrios adyacentes. Pero no obtuve confirmación de los datos que me habían dado y debí regresar a Montevideo. Claro que el mismo abogado y otras personas asumieron la continuidad de las investigaciones”.

La avalancha informativa la sorprendió al día siguiente de su regreso desde Asunción. Y en un intento ya infructuoso por detenerla, dispuso para esa misma tarde una conferencia de prensa. Tanto revuelo noticioso en nada contribuía a las investigaciones. Fue tajante: los medios de comunicación debían guardar silencio hasta que fuera cierto el

---

\* Crónica que se anexó al conocerse la noticia de un eventual reencuentro de Mariana.



paradero de su nieta. Además la noticia la habían dado a conocer las abuelas de Plaza de Mayo sin su conocimiento y sin su consentimiento.

En los días siguientes no recibió información alguna desde Paraguay. Se sucedieron entonces, quizás, los días y noches más negros para Ester Gatti. "Fue la primera vez que me descorazoné totalmente. Los datos de Paraguay parecían tan seguros, tan sólidos, que yo fui con la idea de encontrar algo, o que al menos una noticia nos iba a llegar posteriormente. Pero nada, no logramos absolutamente nada. Anímicamente esto me ha traído muy, muy abajo".

Sin ningún hilo conductor, sin nada que indique un camino, una pista, Ester Gatti de Islas, con la angustia que significa buscar una vez más sin un horizonte claro, retomó las actividades habituales durante estos doce últimos años. En más de una ocasión visitó al entonces canciller Enrique Iglesias. "El se ha preocupado muchísimo, habló con el Ministro del Interior argentino, con el embajador argentino en Paraguay, con el canciller paraguayo. A todos hizo un planteamiento, más que jurídico, humano del problema. Pero igualmente nada positivo hemos sabido". No se decidió a poner un anuncio en la prensa paraguaya, similar al que años atrás dió resultado en Argentina, "porque nos dijeron que en ese momento no era conveniente. Estamos estudiando si hoy convendría, Paraguay es un país cuyo gobierno permite que gente de esa catadura moral pueda vivir con mucha tranquilidad. Pensamos que un nuevo aviso puede alertarlo, a pesar que él se debe sentir seguro, pero podría intentar partir a otro país".

## **Mariana es mi esperanza**

Ester Gatti piensa que su nieta continúa en Argentina. "Creo que el anónimo enviado fue para despistarnos, para alejarnos de la verdad".

Es difícil no preguntar cuáles son las esperanzas que la

sostienen, más cuando Mariana ha cumplido catorce años, trece de los mismos compartidos con sus supuestos padres. “No voy a negar que la gente con quien vive la quiera, pero a su manera, porque la clase de amor que le tienen no es un amor limpio, sano, un amor que da. Ellos sólo piden, piden la presencia de la niña, pero sin dar lo que es su verdadera historia, su ser. Por eso mi única esperanza es Mariana, es su proceso de reflexión cuando crezca. Empezará a pensar por qué se producen determinadas cosas, por qué se van de Buenos Aires, por qué la sacaban de la escuela, por qué viven en Paraguay —en caso de que lo hayan hecho—, por qué le cambiaron de nombre, pues cabe la posibilidad de un cambio de nombre. Esa es mi confianza. Más tarde o más temprano ella nos buscará a nosotros, ella volverá”.

# Y la guerra también fue contra los niños

*A Sara Méndez, la única madre que sobrevivió a la desaparición de su hijo, el hombre responsable de la detención le aseguró que a Simón, de 20 días, nada le ocurriría. Sin embargo, ella nunca más supo de su hijo, a pesar de una incesante búsqueda.*



Simón

“El frío de julio en Buenos Aires me calaba los huesos y yo tenía muy poca ropa. Estaba débil, en el parto perdí mucha sangre, y el médico que me atendía manifestó preocupación por mi anemia.

El 13 era otro día gris y frío. Esa tarde fuimos a comprar cosas con Mauricio para la nueva casa; una casona antigua pero agradable que tenía dos pisos y en la segunda planta había una cálida azotea cerrada con ventanales que acomodamos como lugar de trabajo. Habíamos comprado una silla de mimbre con ‘brazos’, en los que apoyarme al dar de amamantar a Simón, y la instalamos en la azotea, también compramos una planta y un pantalón para mí. Estaba contenta.

Simón tenía veinte días, él nació el 22 de junio de 1976. Al terminar de ordenar las cosas Mauricio me dijo que no llegaría esa noche a dormir en la casa, tenía una reunión en las afueras de Buenos Aires y no iba a ser fácil conseguir locomoción. Volvería a la mañana siguiente.

Vivíamos con una compañera, Asilú Maceiro. Cuando se fue Mauricio, con Simón nos trasladamos a la pieza de Asilú. Amamanté a Simón y pedí a Asilú que me tomara el

doblado del pantalón que había comprado esa tarde. A las once y media de la noche golpearon fuertemente la puerta y debido a la agresividad quedamos inmobilizadas. La casa tenía la puerta por el garage, una puerta de hierro y vidrio, y al reaccionar bajamos a abrirla, pero ellos ya la habían roto a golpes: 'Nombres y documentos', y se repartieron por todo el lugar. Esos son los momentos en que no sabés cómo te llamas, nada, sólo suceden los pensamientos y no sé cuántas cosas más, ni de la acción que está ocurriendo sabés; por ejemplo, el operativo lo viví en un estado de semiconciencia y guardo de él tan sólo ciertas imágenes, aunque clarísimas, como fotografías.

No olvido la imagen de Gavazzo, quien con una funda en las manos, a la que hizo un nudo en uno de sus lados, sacaba todos los papeles y objetos que no fueran ropa desde un armario. Me preguntó si yo sabía quién era: 'Soy el mayor Gavazzo'.

También recuerdo el inmenso ruido que inundó la casa. Eran unos quince hombres a rostro descubierto, excepto uno que llevaba una media, quienes entre carreras y gritos destruyeron todo. Sacaron los marcos de las puertas, tiraban las cosas al suelo, y así destruían una cosa tras otra. Gavazzo era quien me dirigía la palabra: "¿Hay más gente en la casa? ¿Dónde está Mauricio? ¿Cuál es su paradero?" Ahí me di cuenta que el operativo había sido fulminante y que no manejaban una completa información sobre nuestros movimientos. Al no responder acerca del paradero de Mauricio me empezaron a golpear, entonces, uno de los que estaba cerca mío le pasó una cadena a un hombre que Gavazzo me había presentado como militar argentino: 'Tome, tome, jefe, dele con esto'. Este me rodeó el cuello con la cadena, apretó y me empujó hacia la cama, y al caer vi el canastito en que dormía Simón saltar y saltar sin que el llorara, estaba como ausente a esa violencia. Fue extraño también que el hombre de la cadena, los golpes y los gritos, al darse cuenta de la existencia del bebé en un tono más tranquilo me dijo: 'Señora, tome el niño porque vamos a revisar la canasta'. El 'señora' resonó en mis oídos. Tomé a

Simón entre mis brazos y lo mantuve conmigo a pesar de que rápidamente revisaron el colchón. Pregunté entonces al 'militar argentino' de la cadena:

—¿Qué va a pasar con él?

—No le va a pasar nada, la guerra no es contra los niños, dejalo.

Ante esa orden no tuve dudas, lo deposité en su canastito. El hecho de que Gavazzo actuara a cara descubierta y la desaparición en los meses anteriores de muchos compañeros, incluso Michelini y Gutiérrez Ruiz, me hizo pensar que para mí estaba reservada la muerte. En alguna medida dejarlo allí era una posibilidad de sobrevivencia para Simón.

En 1984 volví a ver el rostro de ese militar argentino que se jactaba de no involucrar a los niños en su guerra, fue en la sede de las Abuelas de Plaza de Mayo. Mientras hojeaba fotografías de militares y represores requeridos por la justicia fue cuando lo reconocí: se llamaba Aníbal Gordon y la verdad es que no era militar, sino un civil dedicado a tareas paramilitares, actuaba como mano derecha de Otto Paladino, general y ex jefe de la SIDE. Algunos dicen que murió de cáncer en la cárcel y otros aseguran que lo mataron, ya que por ser civil y no estar comprendido en la Ley de Obediencia Debida se supone que amenazó con hablar si no era liberado. Lo insanamente paradójal es que era muy afecto a los niños, en Automotores Orletti les llevaba dulces a los niños detenidos, y también se sabe que tenía a algunos adoptados. Sin embargo, nunca se pudo comprobar si eran hijos de desaparecidos.

Al dejar a Simón, volví a sentir los insultos y ese infernal ruido, también ahí me di cuenta de que en la pieza de al lado estaban interrogando a Asilú. Después de un rato nos ataron las manos y las piernas, nos vendaron la boca y los ojos y nos sacaron de la casa. Nunca más supe de Simón. Un grupo de ellos se quedó esperando a Mauricio".

## Exilio

En diciembre de 1973, Sara Méndez y su compañero Mauricio Gatti se fueron de Uruguay. Eran buscados por los organismos de seguridad y un requerimiento judicial los obligó a radicarse en Argentina. En este país se vivía un período de libertades democráticas, un oasis transitorio para uruguayos, brasileños y chilenos. “Por primera vez sabíamos del exilio, de la separación de nuestras familias. Era una experiencia inédita”.

Sin embargo, a partir de 1975, y definitivamente en 1976, al iniciarse la dictadura argentina, la situación porteña empieza a convulsionarse. “Se inicia el círculo trágico: desaparecen amigos uruguayos y aparecen muertos en las calles. En ese creciente clima de inseguridad yo quedé embarazada. Tener un hijo era un tema de preocupación entre nosotras y siempre conversábamos sobre lo infundado o no de nuestro miedo a la maternidad en ese contexto. Victoria, la madre de los hermanos Julien, y yo, charlábamos mucho acerca del tema, nos preocupaba lo difícil que era para las mujeres asumir en ese momento un rol que además nos es dado en exclusividad. Quizás por todo eso no quería quedar embarazada. Sin embargo, una vez que los exámenes salieron positivos, no dudamos con Mauricio en esperar ese hijo que venía en camino”.

La situación en Argentina era cada día más peligrosa. En mayo de 1976, ante la sorpresa y miedo de todos, sacan de sus domicilios a Héctor Gutiérrez Ruiz y Zelmar Michelini, quienes aparecieron dos días después, muertos, junto a Rosario Barredo y su compañero. Rosario tenía dos hijos que fueron detenidos con ella y nadie supo en un primer momento sobre su paradero. Sólo las gestiones del abuelo, realizadas al más alto nivel permitieron la aparición con vida de los niños en una seccional policial.

“Con Mauricio esa vez sostuvimos una larga conversación acerca de los riesgos que implicaba la detención con los niños; él se preguntaba inquieto si es que usaban a éstos en



la tortura. En la medida que nos acercábamos a la fecha del nacimiento y ante la gravedad de los acontecimientos no podíamos dejar de preocuparnos. Mientras tanto el bebé crecía, a los cuatro meses dió su primera patadita.

El 19 de abril de ese año sufrí un duro revés en el plano afectivo: mi amiga Telba Juárez, amigas desde el magisterio, amigas que iniciamos juntas nuestra reflexión y militancia política, amiga del interior que poseía una clara visión de las cosas, apareció muerta en la zona de la Boca. Ese día tuve la certeza de que seguirían sucediendo muchas cosas. El 9 de junio secuestraron al tío de Simón, a Gerardo Gatti, y días después en la consulta del hospital me avisaron que personas de civil habían ido a preguntar por mi domicilio. Nos cambiamos de inmediato de casa. No fue suficiente, más tarde supimos que mediante una red de intervenciones de teléfono llegaron a nuestro nuevo domicilio. A Simón lo tuve en otro establecimiento hospitalario”.

## **Aprender a ser madre**

“Una vez que nació Simón me concentré en el aprendizaje del oficio de ser madre: amamantaba y lavaba pañales, claro que con alegría. Pero también vivía una dualidad afectiva: yo en la casa y en cambio afuera ocurrían tantas cosas, y graves, entonces me preguntaba si no era egoísta mi alegría. Recuerdo una conversación con Mauricio en esos días sobre cómo se podía ser feliz en una situación de inestabilidad tan grande.

Con todo, estábamos deslumbrados. Simón crecía muy bien: un examen de control que tuvo dos días antes de mi detención determinó que su peso era normal y en la medición de sus reflejos reaccionó maravillosamente. Incluso me asombré mucho al saber que un nene puede caminar a los dieciocho días; la enfermera me demostró el acto de reflejo natural, tomando las manitas de Simón.

Había comprado un canasto chico, una especie de moisés,

que me servía para recostar y trasladar al niño de un lado a otro de la casa. Simón era un niño muy tranquilo, permanecía largo rato con los ojitos abiertos y sólo lloraba cuando tenía hambre, ni hablar de dormir porque casi no lo hacía, al menos eso sentía yo, acostumbrada a esa imagen de los bebés siempre durmiendo y comiendo. Hoy me entristezco al recordar que lo tenía muy poco tiempo en brazos, negándome a tomarlo debido a la convicción de que pronto volvería a trabajar y no debía acostumbrarlo".

## **Como un desconocido**

Cuando regresó Mauricio Gatti a su casa, lo hizo sin saber ni presentir lo que había ocurrido. Iba simplemente a reencontrarse con Simón y su compañera. Al llegar a la calle Juana Azurduy, en el porteño barrio Belgrano, alcanzó a divisar que el portón del número 3126 estaba destruido. Imaginó entonces lo peor, no entró a la casa y como si fuera un transeunte cualquiera, un desconocido, siguió de largo. Meses después partió a Europa. Antes, buscó la manera de relacionarse con familiares de su compañera para orientarlos en la búsqueda de ella y su hijo. Y entregó datos para que se iniciara una campaña de denuncias frente a la ola de detenidos.

## **El montaje de una comedia**

A nosotras nos llevaron a un recinto donde había más uruguayos y durante varios días fuimos torturadas. Ahí estaba el mayor Gavazzo, quien nos presentó a otros oficiales uruguayos, como el mayor Cordero y el capitán Jorge Silveira. A Gavazzo le pregunté varias veces por Simón y nunca me dió una respuesta concreta. Después de trece días en 'Automotores Orletti', veinticuatro de nosotros fuimos

trasladados a Montevideo, esa vez los militares uruguayos, entre orgullosos e irónicos, nos dijeron que diéramos las gracias por haber sido liberados de las garras argentinas, quienes querían ‘mandarnos a tocar el arpa con San Pedro’. No volvieron Gerardo Gatti, Leon Duarte y Hugo Méndez.

Permanecimos tres meses detenidos en forma clandestina en Uruguay.

Entre agosto y setiembre de 1976 el grupo fue obligado a mantener negociaciones con los militares acerca de una farsa, una comedia en preparación. Había que justificar las muertes y detenciones, pues la débil pero significativa presión internacional así lo exigía. Los detenidos debían autoinculparse de acciones de carácter subversivo y los militares aparecerían como eficaces garantes del orden y la tranquilidad social. Ese era el juego. Claro que para conseguirlo imaginaron formulas “ingeniosas”, pero que por lo fantásticas no lograron ni siquiera el consenso al interior de la institución. A Gavazzo, por ejemplo, se le ocurrió una suerte de operación Granma a la uruguaya: los subversivos intentarían desembarcar en la playa de los 33 orientales, como si fueran una gesta libertadora, pero serían neutralizados y detenidos por el ejército. Nadie aceptó semejante propuesta.

Finalmente, se les dividió en mayor y menor “peligrosidad”, en función de su militancia. Los más “peligrosos” aceptarían un intento de internación de armas al país y se prestarían para el montaje de su detención. Los menos “peligrosos” debían prestarse para ser aprehendidos en hoteles de Montevideo, registrados con nombres falsos, y dispuestos a participar en una campaña de desprestigio internacional de Argentina y Uruguay.

A cambio la vida.

Así se hizo. El 23 de octubre el mismo Gavazzo en una casa del balneario Shangrilá, da una conferencia de prensa en el lugar donde supuestamente habían detenido a los cinco “subversivos más peligrosos”. Mientras, todos los inculcados miran desde un bus como se pone en escena la comedia.

Sara Méndez, considerada de “mayor peligrosidad”, fue procesada de inmediato, junto a otros cuatro detenidos, y condenada recién en 1978 a tres años de prisión. “En los años de cárcel que cumplí en Punta de Rieles y a pesar que siempre pregunté por mi hijo Simón, nunca recibí respuesta alguna. Al salir de ahí, en 1982, viajé a Argentina dispuesta a iniciar la búsqueda de mi hijo. No viajé a Europa porque nosotros éramos el eslabón más importante, éramos el testimonio vivo de los desaparecidos y de las cárceles. Nuestra presencia en el país tenía mucho valor”.

## **Una esperanza**

Sara Méndez nada ha sabido de Simón. Nada, ninguna huella antes ni ahora en que alguna luz ha despejado las atrocidades del período. Nada, a pesar de viajar frecuentemente a Argentina, de participar e incentivar toda búsqueda, la suya y la de otros. Simón quizás tiene trece años y vive con alguien de la “banda de guerreros” que adoptaron a los “hijos de los vencidos”. Para Sara Méndez sigue siendo una esperanza. Y por eso aún busca. El reciente encuentro de María Victoria Moyano Artigas la fortalece, “porque el caso de la niña era tan difícil como el de Simón”. Su relación con Mauricio Gatti terminó, “principalmente por la distancia”, y hoy vive con su nuevo compañero.

“La verdad es que tenemos miedo al encuentro, miedo a saber con qué persona nos encontramos. Estamos conscientes de la posibilidad de afectar, sin querer, un mundo que era válido para ellos hasta el momento del reencuentro. Sin embargo, nada nos hace renunciar a la búsqueda, por la convicción de que el ser humano tiene que reencontrarse con su pasado”.

## Epílogo\*

“Desde hace dos años, Sara y el padre de Simón, emprendieron una investigación aquí en Montevideo sobre un niño que vive en el seno de una familia adoptiva. Luego de reunir datos claros y coincidentes tomaron contacto con dicha familia. Pero los padres adoptivos se han negado rotundamente a realizar las pruebas de compatibilidad sanguínea que permiten confirmar o descartar con certeza (99,5%) las serias presunciones de los padres de Simón.

Ante esta negativa, Sara y Mauricio, con el asesoramiento del Dr. Alejandro Artuccio presentaron el 15 de junio de 1989 una denuncia ante el Juzgado Penal de 5º Turno en la que informan al Juez Dardo Preziza que los datos recogidos durante ese largo tiempo les llevó a tener la convicción de que habían ubicado a Simón, por lo tanto solicitan la realización de las pruebas de comparabilidad para una confirmación absoluta.

El Dr. Dardo Preziza realizó durante dos meses una minuciosa comprobación de los elementos comprobatorios que contenía la denuncia. Finalmente trasladó el expediente al Fiscal, Dr. Miguel Langón Cuñarro y antes de que éste se expidiera, el Dr. Preziza fue destinado a otro cargo dentro del Poder Judicial.

El 14 de setiembre el Dr. Langón recomendó el envío del expediente al Poder Ejecutivo para que éste decidiera si el caso está comprendido dentro de la Ley de Caducidad y determinara la continuación o clausura definitiva de la investigación. El Fiscal omitió toda opinión sobre la conveniencia de la realización de las pruebas sanguíneas.

De esta manera quedaría en la órbita del poder Ejecutivo la decisión sobre el derecho de Simón a recuperar su iden-

---

\* Para la publicación de este libro y en vista de que el caso de Simón tomó un nuevo rumbo, Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos incluyó esta última información.

tividad. Hasta la fecha el Poder Ejecutivo ha ordenado sin excepción— la paralización de todas las investigaciones judiciales sobre crímenes cometidos por militares, que le han enviado los jueces en virtud de la Ley 15.848.

El nuevo juez a cargo de la causa, Dr. Tabaré Sosa, no está obligado por la opinión del Dr. Langón. Puede aceptarla o rechazarla y disponer entonces las medidas que permitan identificar al niño.

Una precisión al respecto es que el niño, Simón, conoce su situación de niño adoptado, lo que atenuaría el impacto de saber su verdadera identidad. Esto se une al hecho de que todos los niños adoptados en algún momento sienten la necesidad de volver sobre sus orígenes, como una manera de encontrarse a sí mismos.

La familia con que vive está integrada por civiles, no son represores, aunque tienen un vínculo con un militar.

El 8 de noviembre de 1989 Sara Méndez y Mauricio Gatti presentaron ante el juez un escrito en el que reiteran la solicitud de realización de la prueba hematológica y el cierre de fronteras.

Sin embargo, hasta ahora nada han conseguido.”

# Elsa, Aída y Carmen

*Carmen Castro Sanz nació en 1978, mientras su madre y su abuela se encontraban detenidas en los Pozos de Quilmes, Buenos Aires.*

Comenzó a mover nerviosamente el pie y sintió un leve dolor en la boca del estómago. No preguntó nada, sólo se limitó a oír con atención la breve noticia que en los primeros días de enero de 1978 circulaba en la colonia uruguaya en París: “Alrededor de 20 uruguayos fueron detenidos en Buenos Aires, entre Navidad y Año Nuevo. Entre ellos, una mujer embarazada y una señora de edad, aprehendidas en el mismo domicilio. Se desconocen los nombres”. Carlos Sanz empezó a sentir un dolor más agudo, le molestaban los comentarios y conjeturas que se hacían en torno a la noticia. Salió del local de reunión junto al “Flaco”, viejo amigo con quien compartió momentos importantes de su vida, precisamente esos que los condujeron al exilio; con él podría desahogarse.

No estaba de ánimo para refugiarse en uno de los tantos cafés de la capital francesa. Prefirió proponerle salir a caminar.

Después de un largo silencio:

—“Flaco”, la gorda que cayó embarazada es mi hermana y la otra es mi vieja.

—No jodas “pelado”, pueden ser otras mil.

—No sé, pero yo lo siento aquí (llevándose la mano a la boca del estómago). Son ellas.

Mientras sus labios mencionaban esos nombres, su razón intentaba convencer a la intuición: “Esa señora no puede ser mi madre; la última carta de ella me habla que está en Montevideo. En este momento debe estar lavando o planchando en el rancho del barrio Puerto Rico”.

Se dejó llevar por los recuerdos de aquella casa. Un lugar siempre con las puertas abiertas, lleno de parientes y amigos. Ahí vivían su madre, Aída y él. Pensó en Elsa, su madre. Recordó aquel día en que lloraba amargamente, nerviosa, como una respuesta asustada frente a la amenaza de su hija, Aída. Esa vez, cuando él, más grande, indignado, tomó a Aída de un brazo y en una pieza, solos, la abofeteó; nunca más debía decirle a mamá que se iría con papá sino le hacían un vestido nuevo. Desde ese momento surgió una gran amistad con Aída, fueron más hermanos, ella com-



prendió que si sus amiguitas tenían vestidos nuevos para cada fiesta, eran sus amiguitas; pero ella y su familia tenían otra situación económica, que debía ser asumida.

Los recuerdos también le hicieron una mala jugada. Pensó en mayo de 1974, cuando Aída tuvo que irse de Montevideo. Ella, enfermera, trabajaba en la maternidad de IMPASA y en el Centro Asistencial del Sindicato Médico del Uruguay. Ese mes, un grupo operativo, que dijo ser de las Fuerzas Conjuntas, ocupó la vieja casa del barrio Puerto Rico, ahí en la calle Lasalla. No fueron a buscarla al trabajo, la esperaron en su casa, manteniendo a toda su familia como rehén. Nadie podía salir. Ni siquiera a buscar pan y leche. Dos días y dos noches estuvieron las Fuerzas Conjuntas y varios días más un grupo de civiles. Aída no llegó. Un vecino, la primera noche, salió a su encuentro y antes de llegar al barrio la alertó de la situación. Tres días después ella viajaba a Buenos Aires.

Una mala jugada fue ese recuerdo, pues Carlos siempre pensó que Aída podía ser detectada en Argentina.

En las semanas siguientes Carlos se debatió entre la razón y la intuición, hasta que fue confirmada la peor noticia: eran ellas las detenidas.

Muchos años más tarde pudo saber lo que realmente ocurrió esa Navidad. Su prima Marta Enseñat, residente en Buenos Aires, había estado esos días junto a Aída y Elsa.



Aída Sanz

## Navidad peligrosa

Era Navidad. En pocos días más 1977 pasaría a ser el año viejo. Marta iniciaba los preparativos para la nochebuena. "Aída y su compañero, el 'Cacho'\* —así le decíamos—, quien participó en la marcha de los cañeros, irían a comer a mi casa esa noche. Ellos llevaban tres meses viviendo en San Antonio de Padua, a 40 kilómetros de Buenos Aires. Aída esperaba para esos días al bebito, creo que la fecha prevista era el 31 de diciembre. Nosotras con Aída éramos muy unidas; ella y el 'Cacho' habían vivido en nuestra casa.

A las seis de la mañana golpearon la puerta. Era el compañero de Aída, venía muy excitado, prácticamente no podía hablar. Con voz entrecortada nos contó que en la noche anterior, cuando él volvía a casa, al llegar a su calle se dió cuenta que fuerzas de seguridad habían ocupado el lugar donde se encontraba Aída y la tía Elsa. Era claro que se las habían llevado. A Elsa también, quien había llegado recién una semana antes para acompañar a Aída en el parto. Los autos de seguridad debieron haber llegado entre las nueve y las diez de la noche. El 'Cacho' no se explicaba cómo habían dado con la casa, ya que San Antonio de Padua no estaba totalmente urbanizado y las calles no tenían nombre y menos numeración. El nos dijo que debíamos abandonar de inmediato nuestro domicilio. Pensaba que también irían. Y así fue".

El 24 de diciembre de 1977, cerca del mediodía, la casa ubicada en Villa Numancia, Partido de San Vicente, donde vivían Marta Enseñat, Miguel Angel Río, esposo de Marta, el hijo de ambos de seis meses, y la madre de Marta, fue cercada por un amplio operativo. El ejército rodeó el barrio y ocupando las casas vecinas disparó contra ese domicilio. Al rato, luego de una intensa y unilateral balacera, ingre-

---

\* Castro Gallo. Dirigente de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas.

saron soldados armados y en posición de guerra. No había nadie.

“Acerca del ‘Cacho’ nada más supe. Su rastro se pierde el 25 de diciembre, aunque se supone que fue aprehendido dos días más tarde en otra casa. A Miguel, mi esposo, lo detuvieron ese mismo 24 de diciembre en el domicilio de un amigo. Mi hijo, mi madre y yo nos fuimos a la casa de unos amigos, en realidad nos escondimos ahí. En enero de 1978 nos refugiamos en la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). A los seis meses logramos viajar a Francia.”

## **Las huellas que no se borran**

Días antes de Navidad, en 1987, Carlos Sanz y Marta Enseñat se reencontraron en la vieja casa del barrio Puerto Rico. Los unió el recuerdo y la necesidad de encontrar a la hija de Aída: “Que sabemos es una nena, que ella llamó Carmen y también a mi madre, que estoy seguro está viva con sus 72 años”.

En 1981 Marta se encontró en Francia con varios ex secuestrados uruguayos. Erlinda Vázquez, una de las cinco personas que estuvo en los “Pozos de Quilmes” en el mismo período que Aída, relató a Marta la triste situación en que se encontraba. “Mientras estuve allí, entre abril y mayo de 1978, me ubicaron en un sector distinto al de Aída. Supe que había sido sometida a grandes dosis de pentotal y que estaba muy delgada; ella que era bastante ancha y con el embarazo había engordado más. Después de unos días, cuando logré aprender el sistema de comunicación, estilo morse, que utilizaban los detenidos, pude hablar con ella. Me contó, con gran dificultad, que tenía todo un lado del cuerpo semi-paralizado producto de los apremios, que a los pocos días de ser detenida, en medio de grandes torturas, dió a luz una niña. Inmediatamente se la llevaron y en un tono irónico le dijeron que se la iban a entregar cuando ella

saliera en libertad. Dijo también que en una sesión de tortura fue careada con su compañero, y que su madre permanecía en el primer lugar de reclusión donde las llevaron, los 'Pozos de Banfield'. Con sus 61 años mantenía muy buen estado de ánimo, a pesar de estar encapuchada y esposada. A ella no la habían torturado”.

Carlos recuerda que su madre estaba completamente sorda al momento de la detención. “Cuando chica, porque las madres alguna vez también son pequeñas, se enfermó de tifus, perdiendo la audición de un oído. El paso de los años trajo consigo la pérdida del otro. En 1974 se compró unos audifonos. Por ahí están todavía las boletas de las cuotas”.

Marta por su parte, agrega que Aída, meses antes de ser detenida, abandonó su trabajo en el Centro de Tratamiento Intensivo de la Asociación Española de Buenos Aires. Quería dedicarse a su hija que venía en camino, aprendió el oficio de la artesanía en cuero para trabajar en la misma casa.

Mientras ellos recuperan el pasado, la hija mayor de Carlos, Aída, interrumpe inocentemente la conversación y pide que le compren helados. En su cabecita no hay conciencia sobre el significado de su nombre y tampoco sobre la existencia de su prima Carmen.

# El lamento del jazz

*Esteban Hernández Hobbas hace música porque con ella se comunica con sus tres hermanos; desaparecidos en 1976, en Buenos Aires.*

Abril de 1981. Caminaba distraídamente por la calle San José, en pleno centro de Montevideo. Su padre había partido cuatro años atrás a España, pero a él no le otorgaron el permiso de salida ese 6 de noviembre de 1977. Se tuvo que quedar entonces con sus abuelos paternos, Celia e Irme. Estadia que se volvió permanente, pues nunca consiguió la autorización para abandonar el país: siempre faltaba un papel, una firma o bien los documentos no eran suficientes. ¿Por qué se lo mantenía preso en Uruguay, siendo un chiquilín de apenas 15 años? Era una pregunta que Esteban Hernández Hobbas no logra responderse.

Al llegar a la calle Santiago de Chile se detuvo bruscamente. Su mirada se había posado en un afiche y sus pies no hacían ningún intento por continuar el camino. El conocía muy bien las fotografías que aparecían en aquel rugoso papel adherido a uno de los muros de la calle San José, incluso en otro momento las tuvo en sus manos. Acercó, entonces, con temor la cabeza para descifrar mejor el texto impreso al pie del afiche: "Beatriz, Fernando y Andrea Hernández Hobbas, son tres hermanos de 15, 14 y 4 años. Su madre Lourdes Hobbas, desapareció en Buenos Aires en agosto de 1976. Meses más tarde desaparecieron sus tres hijos, quienes habían quedado a cargo de personas amigas. Hasta hoy, nada se ha podido saber de ellos". La palidez y el temblor inundaron su cuerpo, y el pasado nunca nombrado en aquella casa cálida de los abuelos lo envolvió hasta estremecerlo.

¿Cuándo empezó todo?, pensó Esteban. ¿En qué momento se desencadenó esta vorágine? "Quizás cuando partimos, como tantos otros, a Buenos Aires en mayo de 1974, o cuando mi padre comenzó a participar en la política argentina, o bien cuando en noviembre del '74 detuvieron a papá con los abuelos (maternos) y con la hermana de mamá, sin llevarnos a todos por pura casualidad, simplemente porque no estábamos en casa".

Esteban trató de ordenar las imágenes, los rostros, las voces, esos meses, años, desde 1974, cuando visitaban a su padre en la cárcel de Buenos Aires a pesar de los seguimien-

tos de que eran objeto, hasta el momento en que ya solo debió abandonar Argentina rumbo a Montevideo. Pensó en el reencuentro con su padre, una vez que éste fue liberado, y ambos con lágrimas en los ojos se contaron lo que habían vivido.

“Cuando papá cayó preso mi madre nos sentó en un sillón y nos explicó todo. Yo tenía entonces ocho años. A partir de ahí tuvimos que cambiar muchas veces de casa, me hice más grande. En mayo de 1976 dejamos de ir al colegio, ya que la situación era más peligrosa. Recuerdo, por ejemplo, haber enfrentado con mucha solidez la noche de julio en que rodearon nuestra casa. La amiga de mi madre que vivía con nosotros fue detenida y bajo tortura entregó la dirección. Dos camionetas con ‘milicos’ y un Ford Falcon negro se estacionaron frente al portón. Mi madre y otra compañera embarazada que estaba en casa nos hicieron escapar por el patio del fondo. Nunca he sabido como logramos saltar varios muros hasta que llegamos a la estación donde de esperaríamos si es que lograban salir. Finalmente nos reunimos todos.”

Después del asalto a la casa de Olivos, el padre de Esteban, Nelson Hernández Silva, no recibió más visitas en la cárcel de Buenos Aires. La clandestinidad para su familia se imponía como una necesidad. Los cuatro hijos de Hernández Hobbas fueron repartidos en distintas casas. Esteban, el tercero, se fue con Lourdes, su madre, pero cuatro días antes de que ella desapareciera, a mediados de agosto de ese mismo año, lo llevaron a una casa donde estaban sus hermanitos. “La versión que nos contó un amigo de ella, fue que mientras viajaba en un automovil con un compañero que nosotros conocíamos, al entrar a la avenida Libertador, los pararon. Estaban controlando los vehículos. Ese compañero trató de huir. Lo mataron. De mi madre nunca mas supimos.”

Ante esa situación, los dueños de la casa donde estaban los niños decidieron ir con ellos de vacaciones. Los primeros días de diciembre se instalaron en Villa Gesell, localidad cercana a Mar del Plata. Ahí estuvieron hasta marzo del

año siguiente. “A Andrea no le habíamos contado nada, era demasiado chica. Sin embargo, un día de ese verano nos pidió una explicación: estábamos charlando los tres más grandes, Beatriz, Fernando y yo, precisamente sobre mamá, mientras Andrea jugaba en otro lugar del patio. Pero en un momento dejó de lado sus juguetes y se acercó a nosotros preguntando: ¿Dónde está mamá? Nos dejó helados, ninguno se animó a contestar, ya no recuerdo quien le dió una explicación lo más evasiva posible, algo así como que mamá estaba con papá en el mismo lugar donde lo íbamos a ver a él”.

Al regresar a Buenos Aires, en marzo de 1977, Esteban y Andrea fueron llevados a la casa en que estaba el abuelo materno, quien había salido de la cárcel después de tres años. Pero a los pocos días se llevaron a Andrea a la casa donde estaban los dos mayores. “Habían pasado dos semanas desde la ida de la chica, cuando recibí una nota de Fernando pidiéndome que nos encontráramos esa misma tarde, a las cinco, en el lugar acostumbrado. A la hora indicada me ubiqué a la entrada del mercado, en el pasillo de la izquierda. Dieron las siete de la tarde y Fernando no llegaba. Partí de vuelta a casa, sin tener nunca más alguna señal de vida de ellos.”

A las semanas siguientes, la casa donde estaban Esteban, el abuelo y Ricardo, un amigo de la familia, fue allanada. “Eran las tres y media de la madrugada, cuando me despertaron algunos ruidos y me sorprendió un hombre de bigotes, que llevaba un fusil M-16, parado a los pies de mi cama.

—¿Qué pasa?

—Vos sabés mejor que yo lo que está pasando.

—No, no sé.

—Entonces callate.

En ese momento entró a la pieza quien debe haber sido el oficial a cargo: ‘No lo trates mal, es un chico, dejalo quieto’. Pedí entonces salir del cuarto, pero me lo prohibieron. En un momento en que se descuidó el hombre de bigotes llegué hasta la cocina, ahí estaban el abuelo y



Ricardo contra la pared, tenían las manos en alto. Alguien me tomó firmemente del brazo y me obligó a entrar nuevamente al cuarto. El oficial a cargo me esperaba:

—¿Dónde están los compañeros de tu madre?

—No sé.

—No les vamos a hacer nada, sólo queremos conversar, ellos están haciendo cosas malas.

—No sé.

—Pero, ¿a las casas que fuiste?

—No sé, siempre fui agachado, en auto, de noche, qué sé yo.

—Si traemos a una amiga que conoces, ¿le dirías a ella en las casas que estuviste?

Yo con curiosidad por saber quién era, le contesté: 'No sé'. 'Traigan a la fulana', dijo el oficial. Ella —a quien yo conocía pues habíamos vivido juntos y durante un tiempo fue como mi segunda madre— se inclinó a mis pies. Yo recordé lo que un día me había dicho: 'Esteban, si alguna vez yo te pido que me entregues direcciones ante los 'militicos', no lo hagas, a pesar que yo te ruegue, no lo hagas'. Así fue, no dije nada. El oficial, molesto, agregó gritando: 'Cómo es posible que no recuerdes algún lugar, aunque sea el color de una puerta'.

Recuerdo que no tenía miedo, sólo rabia. A Ricardo se lo llevaron, ahí quedamos el abuelo y yo. Durante un tiempo tuve un gran sentimiento de culpa. Nunca he entendido por qué se llevaron a mis tres hermanos y no a mí, por qué a ellos tres y no a mí, que soy sólo uno".

## El reencuentro

Días después del allanamiento llegó una carta de Nelson Hernández a Buenos Aires. Había sido liberado en Montevideo y esperaba a Esteban, quería verlo. Los trámites fueron rápidos, Esteban viajaría con el secretario del Consulado uruguayo en Buenos Aires, para asegurar su llegada.

Andrea Hernández Hobbas



Beatriz Hernández Hobbas



Fernando Hernández Hobbas

El diez de mayo de 1977 padre e hijo se abrazaron. Nelson se había enterado en la cárcel de la detención de sus otros tres hijos.

En Uruguay las amenazas continuaron. Nelson Hernández debió abandonar el país, pero, sin Esteban, pues la autorización de salida para un menor de edad requiere la firma de los dos padres. Años más tarde Esteban consiguió un documento firmado por funcionarios argentinos en el cual se reconoce a Lourdes Hobbas como desaparecida. Pensó en la obtención rápida del permiso de salida; sin embargo, faltaban otras firmas, otros sellos, otros papeles. Nuevamente impedían su partida.

## **“Se encuentran bien”**

Habían transcurrido muchos minutos, horas quizás, y Esteban aún estaba paralizado frente a ese afiche de la calle San José. Cuatro años antes, su padre, durante ese breve reencuentro, le había dicho que sus hermanos estaban detenidos. Pero, esa mañana, se dio cuenta que esas palabras las había escondido en el baul de los recuerdos innumerables. Es más, cuando alguien preguntaba por ellos, contestaba evasivamente o bien mentía, “se encuentran bien, en Buenos Aires”. Sus familiares dejaron de hablar sobre los niños, sólo quedaban fotografías, todas de los alegres años cuando eran pequeñitos.

Ese largo silencio se hizo sentir fuerte en sus oídos. Claro que al llegar a casa de los abuelos no dijo nada, pero Esteban sabía que algo había cambiado. “Fue un asumir por primera vez esa realidad, reconocer la pérdida de mis hermanos. Nosotros, sobre todo por la situación que vivimos en Buenos Aires, éramos muy unidos, nos llevábamos bien con todo el mundo, pero ante todo éramos primero ‘nosotros’. Creo que ese fue el factor decisivo para no aceptar la realidad de la desaparición.”

## El lamento del jazz

1988. Esteban Hernández Hobbas, 22 años, ya no quiere viajar a Europa donde se encuentra su padre. Cuando murió su abuelo Irme, en 1982, abandonó la secundaria. Fue un duro golpe para una juventud marcada por las ausencias. “Había demasiado ‘despiste’ en aquel tiempo como para saber lo que realmente quería hacer. Claro que hoy no voy a retomar la secundaria”.

Ahora tiene la música, “ese arte que me permite hablar”. Estudia segundo año de batería y en los veranos ha tocado en algunos grupos, “pero todavía debo perfeccionarme mucho más”. Gusta del Reggae, del Rock, y sobre todo del Jazz. “Es la cadencia, la suavidad desgarradora lo que me gusta del Jazz. Y su origen. ¿Sabías que es la continuidad del blues, y el blues son canciones de lamento cantadas por los negros al ritmo del trabajo a pleno sol en Estados Unidos?”

Recientemente se integró a la Agrupación de Detenidos Desaparecidos. Su novia, Gabriela, estudiante de Biología, va con él a las reuniones. No es odio lo que siente, pero sí una inmensa necesidad de justicia: “Voy a pedir justicia hasta que ande con bastones, y voy a continuar haciendo música para que la gente sienta la comunicación que tengo con mis hermanos”.

# Entre la soledad y el desconsuelo

*El hijo del matrimonio D'Elta fue detenido junto a su esposa en diciembre de 1977. Ambos tenían 31 años. Esperaban un hijo; que nació varón en enero de 1978, en los Pozos de Banfield, Buenos Aires.*



“Nos levantamos muy temprano aquella mañana del 22 de diciembre de 1977, porque el Aliscafo salía a las ocho y además por la ansiedad al no haber podido viajar el 18 de ese mes como siempre lo hacíamos. Desde que ellos partieron, en abril de 1974, viajar el día de nuestro aniversario de matrimonio era casi un ritual. Nos gustaba pasarlo con nuestro hijo, Julio Cesar, y nuestra nuera, Yolanda, en Buenos Aires. Esa vez no pudimos viajar el día del aniversario porque a mi esposo no le habían pagado la jubilación. Cuando lo hicieron de inmediato reservamos pasajes para el 22. Vivíamos prácticamente con ellos: compartíamos el aniversario, la navidad, el año nuevo y la fiesta de reyes, luego regresábamos a Montevideo, evitando así los meses de mayor calor en Buenos Aires, hasta regresar a la casa de los chicos en marzo y pasar con ellos todo el invierno. Siempre era así”. Recuerdan hoy la señora Renée Pallares y su esposo Julio D’Elía. “Nuestro hijo nos había llamado el 20 de diciembre para saber si viajábamos, y al no encontrarnos discó el número de mi hermana, quien le aseguró que nosotros llegábamos en dos días más.”

El matrimonio D’Elía descendió a las once de la mañana

de un taxi frente a un edificio de apartamentos en San Fernando, en las afueras de la provincia de Buenos Aires. Ahí vivía su único hijo junto a su esposa, embarazada de ocho meses. Con seguridad ella estaría en la casa, pues estaba con licencia pre-natal en su trabajo de secretaria. Había mucha gente en los alrededores, sin embargo, no les llamo la atención por tratarse de días previos a la fiesta de Navidad y por la cercanía de una oficina de correos.

—No toquemos el timbre, abramos con nuestras llaves y así es una sorpresa —dijo la señora Renée.

“Yo le había comprado una cartera a Yolanda porque el 28 de diciembre era su cumpleaños. Además llevaba unas ropitas al bebé y varios regalos de navidad. Como toda madre viajaba con todo lo que podía.”

Al entrar al edificio el matrimonio D’Elía alcanzó a divisar a un grupo de hombres que salían apurados: “Comentamos en el ascensor que quizás había una mudanza. Cuando el ascensor se detuvo en el piso de mi hijo bruscamente nos abrieron la puerta cuatro sujetos, que armados de ametralladoras nos apuntaban. Nos obligaron a bajar del ascensor y nos ordenaron dejar en el suelo las maletas, las que ellos después entraron al apartamento”.

—Esto es un asalto, un robo, dónde está mi nuera —preguntó Julio D’Elía.

—Se escaparon.

—No tenían de qué escapar —respondió Renée.

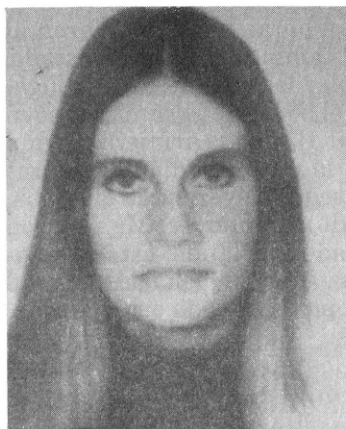
“Me preocupaba el embarazo de Yolanda. Pero me hicieron callar y comenzó un minucioso registro, a tal extremo que tuve que desvestirme para comprobar que nada llevaba.”

En el departamento se dieron cuenta que algo muy grave había ocurrido: muebles y cajas en el suelo, almohadones rasgados, todo lo que se veía hablaba de violencia y desorden.

Con voz ronca y ya cansada por los años, Julio D’Elía vuelve a repetir la única respuesta que ha tenido acerca de lo que ocurrió aquella madrugada: “Tiempo después, al regresar a San Fernando, los vecinos aún muy asustados



por las amenazas. nos contaron que en las primeras horas de ese día un grupo de hombres que se movilizaban en cinco autos Ford-Falcon se llevaron a mi hijo y a mi nuera”.



Yolanda



Julio César

## **Abuso armado**

El matrimonio D'Elía-Pallares permaneció aproximadamente doce horas retenido en el apartamento de sus hijos y con ellos un grupo de hombres que insistió en abusar del domino armado que tenían de la situación. Sus recuerdos hoy se atropellan y se confunden. Al relatar es evidente su nerviosismo, no es fácil reconstruir esa experiencia. Revivir con palabras las emociones e impresiones de aquel día hace hoy más triste la tristeza de sus ojos.

Renée.—Yo estaba aterrada. A pesar que hacía mucho calor aquella mañana, sentía frío. Esa reacción no la pude

controlar hasta que nos dejaron ir de esa casa. Me hicieron sentar en el living y pude fijarme que el baul en que mi hijo guardaba la ropa de invierno había desaparecido. Y también los adornos de valor.

Julio.—Un juego de llaves que colgaba de la puerta me demostró que nuestro hijo y nuera estaban en la casa al llegar sus captores.

Renée.—Después de algunas horas nos trasladaron al dormitorio de mis hijos. Aquel también estaba devastado, lo único que había era el colchón y los muebles. Nos obligaron a permanecer sentados en el borde de la cama, inmóviles. En dos oportunidades pedí ir al baño: la primera vez aún estaban los peines, la colonia, la pasta de dientes y otros utensilios. Más tarde, al ir por segunda vez, nada quedaba. Como tenía mucho frío les pedí un pullover. Me pasaron uno que yo misma había regalado a Yolanda, estaba manchado, por eso no se lo habían llevado. Los armarios estaban vacíos, con la excepción de la ropa manchada o muy usada. Se llevaron incluso las sábanas.

Julio.—Eran cinco hombres los que habían en el apartamento. Esperaban algo, tal vez órdenes para dar por terminado el operativo. Dos de ellos vestían campera y pantalón azul y camisa blanca, además por un comentario que escuché de uno de ellos: 'Yo aprendí a tomar mate cuando íbamos a maniobrar a Nueva Palmira',\* creo que eran marinos uruguayos.

Renée.—Había uno que parecía más educado y más amable. Observé que tenía anillo de matrimonio, por lo que me atreví a llamar su atención: ¿No se da cuenta lo que estamos viviendo nosotros? Usted debe ser casado y tener hijos, ¿no es verdad? Sin inmutarse me respondió: 'No se aflija señora, sus hijos están bien'. Yo pensé en ese momento: estarán bien deshechos.

---

\* Lugar donde realiza ejercicios la Marina Uruguaya.

## **Parto con capucha**

En el mes de diciembre de 1977 fueron detenidos en Argentina 22 uruguayos, muchos desaparecieron, entre ellos Julio César D'Elía Pallares, economista, y Yolanda Iris Casco Güelfi. Ambos tenían 31 años al momento de su detención. "Recién hace dos años las abuelas de la Plaza de Mayo nos contactaron con una argentina que estuvo detenida en los Pozos de Banfield con mi nuera. Ella nos contó que Yolanda dio a luz, esposada, con capucha y grilletes en los pies, a un varón en los primeros días de enero. Nació y se lo quitaron. Nada más hemos sabido."

## **La fiesta de los que sobran**

"Ese día vivimos doce largas y angustiosas horas. Mientras permanecíamos encerrados en el dormitorio, con miedo y con hambre, los hombres armados se jactaban bulliciosamente en la cocina con la comida que mi nuera había preparado en la vispera para nosotros: 'zapallitos italianos', gritaba uno, 'mí no me gustan', gritaba otro, 'podes servirte postre', decía un tercero, haciendo sonar con insistencia los platos.

Cerca de las diez de la noche llegó un hombre, al parecer de mayor rango jerárquico, quien nos ordenó volver a Uruguay. Primero habló con los hombres que aún estaban despiertos en la cocina. Se habían tomado dos botellas de whisky y una damajuana de vino, algunos dormían en el suelo. Nos daba mucho miedo de que con la borrachera comenzaran a disparar.

El recién llegado preguntó si traíamos correspondencia, 'porque si traen y no la entregan, esperen las consecuencias', nos amenazó. La verdad es que llevábamos a mi hijo un libro de Economía que editó el Banco Central Uruguayo

y una cartita con monitos dibujados por una sobrina. Igual nos quitó ambas cosas como prueba de no sé qué.

Los libros que Julio Cesar tenía en la biblioteca fueron revisados y tirados al suelo, mientras ese hombre decía irónicamente: 'Cómo leen estos uruguayos'. Dijo que había que hacer un inventario de la casa, entonces yo reclamé la presencia de mi esposo por ser el padre del dueño de casa. Con rabia y gritando respondió: 'Mire señora, todo esto queda para el gobierno, además, ustedes deben abandonar la Argentina ahora mismo, aunque sea nadando'.

Nos hicieron recoger las valijas y antes de salir del apartamento alcancé a ver abandonados en el living dos conjuntitos que meses antes había tejido al bebé. Pedí llevármelos y accedieron. Aún los tengo guardados".

A la calle bajaron 'escoltados,' y la señora D'Elía recuerda el largo rato —el tiempo más largo que dice haber vivido— que estuvo con las valijas frente al edificio: "Los hombres armados habían ido con Julio a buscar un taxi. Yo pensé que lo matarían, que no regresaría nunca. Luego de unos minutos u horas, no sé, se acercó un taxi: eran ellos. Antes de partir nos amenazaron, dijeron que otros hombres vigilarían nuestros movimientos en el aeropuerto. Solos llegamos a Aeroparque".

## **"No sabíamos por dónde empezar"**

En el avión esa noche lloraron. No fue fácil conseguir un vuelo, era muy tarde. Mientras sobrevolaban el Río de la Plata recordaron a su nuera; lo difícil de su embarazo. Ellos se habían casado en 1973 y no podían tener hijos. Yolanda estuvo mucho tiempo en tratamiento, "cuando nuestro hijo tuvo que dejar el país, una vez que lo despidieron del trabajo, el mismo medico que atendía a Yolanda les recomendó otro médico en Buenos Aires. También recordaron la alegría de Yolanda al contar que tenía un mes de emba-

razo y la alegría con que esperaba a su hijo para los primeros días de enero.

El avión aterrizó en Punta del Este. Desde ahí un amable chofer de ONDA los llevo a Montevideo junto a los empleados del casino que regresaban a la capital. “De inmediato avisamos a nuestros familiares, conseguimos algunas direcciones de gente que podría ayudarnos en Buenos Aires, porque nosotros no sabíamos por dónde empezar y tampoco conocíamos a nadie; y no voy a contar todas las puertas que hemos tocado en estos diez años”.

## **Pudo ser el último consuelo**

“Nuestros hijos no han aparecido. Ya no vamos a Buenos Aires, Julio ha sufrido un infarto al corazón por la edad y el dolor, y nada hemos sabido acerca de ellos”.

Desde ese día comparten recuerdos en su inevitable soledad. Recuerdos de su único hijo, de su nuera y una esperanza ya casi apagada de encontrar a ese nieto varón que en enero de 1978 nació en ‘Los Pozos de Banfield’. Las fotos de su hijo, de su matrimonio, cuelgan estáticas en las paredes, y como un tesoro guardan la ropa del bebé que ese día lograron rescatar de la irracional furia de los hombres armados que detuvieron a sus hijos.

El padre con amargura recuerda la última conversación que tuvo con Julio cuando pidió a éste y a su nuera que abandonaran Argentina. “El mismo me había contado que estaban deteniendo a sus amigos y otros ya habían muerto. Pero Julio Cesar no me hizo caso, confiaba en su profesion, en que no tenía nada que temer, además, siempre decía que no abandonaría a sus compañeros”.

La madre recuerda sus éxitos; las clases que impartía desde los 18 años en Academias y Liceos, en su nombramiento de profesor en la Facultad, incluso antes de graduarse. Su trabajo en Argentina como asesor económico de una financiera; “sí, el mismo Julio César al momento de su

desaparición hacía las gestiones comerciales para que la financiera se convirtiera en un Banco”. Recuerda también su generosidad: “tenía tanto cariño y bondad que cuando pequeñito regalaba sus juguetes”. Y su hábito de lector infatigable, “siempre con un libro en la mano interesándose por el mundo. Yo bromeaba y decía que tenía que instalarle una biblioteca en el baño”.

Recuerdos y ninguna huella de sus hijos. Tampoco de su nieto: “Nuestro nieto que pudo haber sido el último consuelo”.

# Blanca Altman Levy

*El silencio y la ausencia de huellas es la impronta que marca la detención de Blanca Altman Levy. Acerca de si nació o no su hijo, nada se sabe.*



Blanca Altman



Blanca Altman Levy fue detenida embarazada el 20 de julio de 1977, en Buenos Aires. La nombramos en estas crónicas para dejar constancia de su estado de gravidez. Sin embargo, no hay testimonios que permitan confirmar el nacimiento de su hijo. Desde su detención nada más se sabe de ella.

Nos comunicamos con un hermano de Blanca Altman, Carlos; sin embargo, éste se negó a hablar sobre esos hechos: “Es una historia muy triste para nosotros, no queremos revivirla. No nos interesa nada más, solamente que ella aparezca con vida. Creemos que ya se ha entregado la información suficiente”.



# **Secuestro en Montevideo**

**Paula Eva Logares, de dos años, argentina, es la única niña  
desaparecida en Montevideo. El siguiente relato y  
testimonio fue compilado y es responsabilidad de Madres y  
Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos:**



Paula Logares

*“Claudio Ernesto Logares. Argentino, nacido el 26 de julio de 1955.*

*Mónica Grispon de Logares. Argentina, nacida el 9 de agosto de 1954.*

*Paula Logares Grispon. Argentina de 2 años.*

*En mayo de 1977 Claudio se trasladó a Uruguay con intención de radicarse y se empleó en un estudio contable, en el que trabajó hasta su desaparición. Poco tiempo después de llegar a Montevideo, su esposa y su hijita Paula también se vinieron.*

*El 18 de mayo de 1978, por ser feriado nacional, no trabajaban, y salieron de su casa con intenciones de ir al Parque Rodó, según lo expresado a amigos que compartían la vivienda.*

*Posteriormente pudo saberse por testigos que fueron secuestrados en la Avda. Fernández Crespo, frente al n° 1757 por un grupo de hombres fuertemente armados que se trasladaban en 2 vehículos. Ellos ordenaron a los presentes que no miraran y trataban de ocultar sus rostros. Fueron testigos presenciales la Srta. Alba Fayetti, el caramelero, la boletería del ex cine Miami y el encargado de un bar de la zona.*

*Los vecinos del matrimonio Logares habían visto desde hacía 4 días personas extrañas al barrio vigilando la casa en vehículos, que obedecen a la misma descripción de los usados en el secuestro. A una de esas personas se le vio con esposas colgadas a la cintura. Y dejaron de merodear después de la fecha de desaparición de la familia.*

*A raíz de una denuncia recibida por Clamor (Organización Humanitaria Brasileña), Paula, que tenía 2 años al ser secuestrada, fue ubicada en Buenos Aires en poder del Sub-comisario Lavallen. Luego de un proceso judicial trabajoso se efectuaron las pericias hematológicas que determinaron su identidad y fue restituida a su verdadera familia, a la que se ha reintegrado exitosamente, contando con el asesoramiento de especialistas (sicólogos, médicos, asistentes sociales, de Abuelas de Plaza de Mayo).*

*Adriana Chamorro de Corro, argentina, que estuvo detenida en varias cárceles clandestinas en su país y que fue luego liberada, declaro ante la justicia que vio en reclusión a Monica Grispon de Logares. Dice su testimonio: '...Estando en el sector B, en el calabozo 11 (se refiere al lugar llamado 'Pozos de Banfield', local de la Brigada de Investigaciones de la Provincia de Buenos Aires, en la calle Larroque) llegó a mediados de junio al sector A un matrimonio de argentinos que había sido trasladado clandestinamente desde Uruguay, lugar de su detención, a la Argentina hacia alrededor de un mes, es decir a mediados de mayo de 1978. El primer lugar por el que pasaron fue la Brigada de San Justo, para ser trasladados luego a la Brigada de Banfield. La misma noche de su llegada abrió la puerta de mi calabozo uno de los miembros del grupo de San Justo, que había llevado allí al matrimonio y al que reconocí por un comentario que hizo con relación a mi detención. A los pocos días fui sacada para limpiar los calabozos vacíos y tuve ocasión de hablar con la mujer por la pared del fondo de su celda. Me relato su secuestro en Uruguay, donde vivían, y que habían sido llevados con su hijita de alrededor de 2 años, llamada Paula, sin que ella supiera dónde estaba en ese momento. Dijo también que estuvieron casi un mes en la*

*Brigada de San Justo, que ya no quedaba nadie en la zona de los desaparecidos y que el lugar estaba siendo pintado. Esta pareja fue trasladada a Banfield a fines de junio; en el mismo traslado se llevaron a Ileana García Ramos de Dossetti (uruguaya desaparecida en Argentina).*

*La denuncia de Adriana Chamorro y la aparición de Paula en Argentina demuestran la convivencia de los gobiernos de ambos países en el secuestro y traslado de personas, y en otros procedimientos en los que, inversamente, ciudadanos uruguayos fueron secuestrados en Buenos Aires y luego trasladados a Uruguay.”*





## Indice

INTRODUCCION . . . . .	2
PROLOGO . . . . .	5
REENCUENTRO EN VALPARAISO . . . . .	9
AUNQUE LA TRISTEZA, NACERAS TAMBIEN . . . . .	25
“¿SABES POR QUE YO ME LLAME JUAN MANUEL? . . . . .	41
UNA MIRADA QUE NO SE OLVIDA . . . . .	53
Y LA GUERRA TAMBIEN FUE CONTRA LOS NIÑOS . . . . .	71
ELSA, AIDA Y CARMEN . . . . .	83
EL LAMENTO DEL JAZZ . . . . .	89
ENTRE LA SOLEDAD Y EL DESCONSUELO . . . . .	97
BLANCA ALTMAN LEVY . . . . .	107
SECUESTRO EN MONTEVIDEO . . . . .	111





**N**o es fácil que otras historias alcancen la tristeza de éstas. Nuestros países no recuerdan haber sido sacudidos por un vendaval humano tan destructor como el de los últimos años. La desaparición de doce niños uruguayos, en Argentina, estremeció a un Uruguay ayer orgulloso de ser una de las sociedades más desarrolladas de América Latina.

En estas crónicas-testimonios hablamos sobre esas doce vidas, muchas aún ausentes.



MADRES Y FAMILIARES DE DESAPARECIDOS